

SERVICIO SECRETO

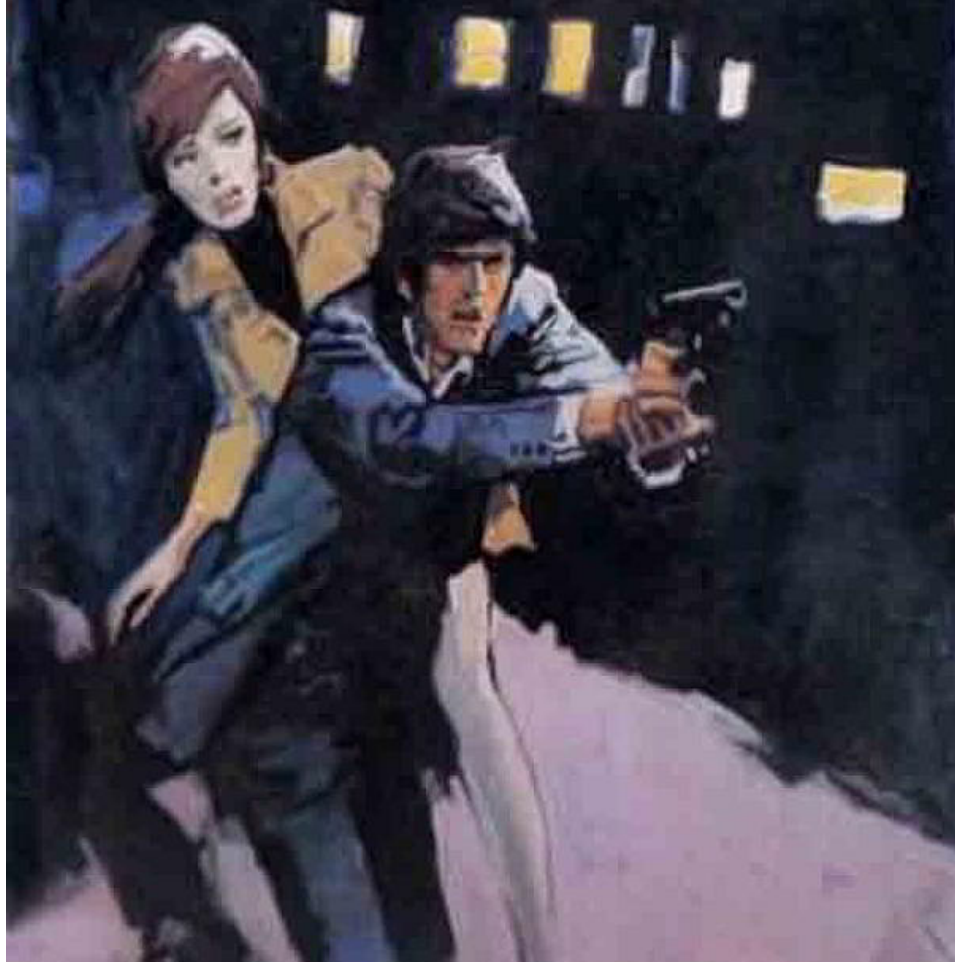
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**OPERACION
RELAMPAGO**

**Joseph
Berná**



Gary Bonner, de treinta y dos años de edad, pelo oscuro y facciones agradables, se encontraba en su casa de Santa Mónica. Una casa pequeña, pero moderna y confortable, ubicada a cincuenta metros escasos del mar, en un lugar tranquilo, solitario, por el que raramente pasaba alguien.

Era un sitio ideal para descansar y reponerse después de una misión como las que solía llevar a cabo Gary Bonner, todas arriesgadas, difíciles, peligrosas.

Como era uno de los mejores agentes del Servicio Secreto norteamericano, a él le eran confiadas las misiones más peliagudas. Y hasta el propio Gary Bonner se asombraba de continuar todavía con vida, después de tantas veces como había estado a punto de perderla.



Joseph Berna

Operación relámpago

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1773

ePub r1.0

Lds 12.03.19

Título original: *Operación relámpago*

Joseph Berna, 1984

Cubierta: Lozano

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Gary Bonner, de treinta y dos años de edad, pelo oscuro y facciones agradables, se encontraba en su casa de Santa Mónica. Una casa pequeña, pero moderna y confortable, ubicada a cincuenta metros escasos del mar, en un lugar tranquilo, solitario, por el que raramente pasaba alguien.

Era un sitio ideal para descansar y reponerse después de una misión como las que solía llevar a cabo Gary Bonner, todas arriesgadas, difíciles, peligrosas.

Como era uno de los mejores agentes del Servicio Secreto norteamericano, a él le eran confiadas las misiones más peliagudas. Y hasta el propio Gary Bonner se asombraba de continuar todavía con vida, después de tantas veces como había estado a punto de perderla.

Era, desde luego, realmente milagroso que no llevara ya algún tiempo criando gusanos. Había tenido muchísima suerte, aparte de sus extraordinarias condiciones para afrontar y superar la mayoría de los peligros.

Y, como su buena suerte podía acabarse en la siguiente misión que le encomendaran, Gary Bonner tenía por costumbre no descansar sólo cuando terminaba una misión.

Se buscaba compañía.

Femenina, naturalmente.

En esta ocasión, la chica era realmente sensacional.

Se llamaba Yolanda Collins y había obtenido recientemente el título de «Miss California» sin necesidad de recomendación. La chica había triunfado porque poseía un cuerpo portentoso.

¡Y sólo tenía veintinueve años!

Era pelirroja y tenía unos preciosos ojos verdes, grandes,

brillantes, profundos. Se quedaba uno lelo cuando Yolanda lo miraba fijamente y le sonreía como ella sabía hacerlo.

Gary Bonner tenía instalada una hamaca de red en el porche y se hallaba tumbado en ella, luciendo un breve bañador rojo. Era todo lo que llevaba.

Yolanda Collins lucía un diminuto bikini blanco que se las veía y deseaba para cubrir lo que se supone debe cubrir un bikini. La pieza superior no podía retener los exuberantes senos, que amenazaban con desbordarse cada vez que «Miss California» respiraba; la pieza inferior, por su parte, parecía el nudo de una corbata.

No era mucho mayor, palabra.

Yolanda se había subido también a la hamaca de red, pero como allí no cabían dos personas, a no ser que fuera una encima de la otra, la pelirroja se hallaba prácticamente sobre el atlético cuerpo del agente secreto.

Se acariciaban mutuamente y, de cuando en cuando, se daban un beso.

Tras el último, «Miss California» confesó:

—Me gustas mucho, Gary.

—Tú a mí también, Yolanda —respondió Bonner.

—¿Qué es lo que más te atrae de mí?

—Todo.

—Muchas gracias, pero esa respuesta no me vale. Tienes que decidirte por algo.

—Me obligas a elegir, ¿eh?

—Sí.

—Me va a resultar muy difícil, pero si te empeñas...

—Imagínate que formas parte del jurado de un concurso de belleza como el que yo gané hace poco. ¿Qué puntuación darías a mis piernas...?

—Un diez —respondió el agente, sin dudar—. Las tienes tan largas, tan esbeltas, tan suaves... —añadió, mientras se las acariciaba desde las rodillas hasta las caderas—. Son hermosas de verdad.

La pelirroja sonrió, halagada.

—Puntúa ahora mis caderas.

Bonner ascendió sus manos hasta ellas y recorrió su perfecta redondez.

—Otro diez.

Yolanda rió.

—¿No estás siendo demasiado generoso conmigo, Gary...?

—En absoluto. Posees unas caderas amplias, firmes, magníficas. Si les diera solamente un nueve, las ofendería.

—¿Y qué le das a mi busto?

—Respira hondo, primero —pidió el agente.

—No, que se me saldrán.

—Tengo que ver, para poder puntuar.

—Pero si casi todo está a la vista...

—Falta lo más importante. Y me niego a calificar tu busto si no te despojas del sujetador del bikini.

Yolanda le pellizcó la mejilla.

—Eres un sinvergüenza, Gary.

—Te recuerdo que lo de puntuar las distintas partes de tu cuerpo fue idea tuya, no mía. Si no quieres continuar el juego, lo dejamos.

—¡Ni hablar! —exclamó la pelirroja—. Deseo llegar hasta el final, así que fuera la telita superior —agregó, desabrochándose el sujetador del bikini.

Las manos del agente secreto se apresuraron a tomar con suavidad los desnudos senos de Yolanda Collins, cálidos, turgentes, espléndidos. Los acarició sabiamente y jugueteó con los erectos pezones, rojos, excitantes.

«Miss California» ahogó un gemido de placer.

—Estoy esperando tu calificación, Gary.

—El jurado está deliberando.

—No, el jurado está toqueteando.

El agente emitió una risita.

—Yo me fío más del tacto que de la vista, Yolanda. Los ojos, a veces, te engañan; las manos, jamás.

—Tienes más cara que un piano de cola.

—¿Tú crees? —rió de nuevo Bonner.

—Vamos, puntúa de una vez mi busto, que una no es de piedra, ¿sabes?

—Un once.

—¿Cómo has dicho...?

—Le he otorgado un once a tu busto.

—¡Esa calificación no existe!

—Porque no existen bustos como el tuyo. Es lo más maravilloso que he visto jamás. Una verdadera obra de arte. Concederle un diez me parece injusto. Por eso me he inventado una calificación superior. Y ahora, con tu permiso, voy a felicitar a los vencedores del concurso —dijo el agente secreto, y depositó un sabio beso en la cima de cada seno.

«Miss California» se estremeció de placer.

—¡Eres un maldito granuja, Gary! —dijo, riendo.

—Espera, que también hay un beso para la propietaria del mejor busto del planeta —repuso Bonner, y se lo dio.

Un beso largo, intenso, profundo, acompañado de ávidas caricias.

Yolanda sabía que después de eso harían el amor. Y, como lo deseaba tanto como el agente, no dudó en devolverle el beso con idéntica pasión.

La hamaca de red comenzó a balancearse.

¿Resistiría...?

¿Cedería y se precipitarían los dos contra el suelo...?

Era lo que Yolanda se estaba preguntando, cuando, de repente, sonó el teléfono. Afortunadamente, Gary Bonner tenía un supletorio instalado en el porche, al alcance de la mano, y no tendría que levantarse de la hamaca de red para contestar.

De todos modos, la llamada era de lo más inoportuna, ya que les obligó a interrumpir el beso cuando más estaban gozando los dos con él.

—¿Tienes que contestar, Gary? —preguntó la pelirroja.

—Me temo que sí, Yolanda.

—No es justo. Déjalo sonar y que llamen más tarde, cuando hayamos acabado.

—No estaría bien, nena. Además, puede ser importante.

—¿Más importante que...?

El agente sonrió.

—Desde luego que no. Pero será sólo un minuto, no temas.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Está bien, contesta.

Gary, que había alargado ya el brazo derecho, tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga...?

—¿Bonner...?

—Sí.

—Soy Donald Altman.

—Hola, jefe.

—Necesito verte, Bonner.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—Oh, no...

—¿Qué pasa? ¿No estás solo...?

—No, estoy acompañado.

—Una mujer, ¿eh?

—Puedo dar fe de que lo es.

—Bueno, pues despídela con un beso y...

—Ella espera mucho más de mí, jefe. Y no puedo defraudarla.

—A quien no puedes defraudarme es a mí. Tengo que confiarte una misión importante, Bonner. Y el asunto no admite demora.

El agente lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, jefe. Salgo para ahí en seguida.

—Te espero, Bonner —dijo Donald Altman, y cortó la comunicación.

El agente colgó el auricular y miró a «Miss California», que había fruncido el ceño.

—Tendremos que darnos prisa, Yolanda.

—¿Por qué?

—Tengo que irme, ya lo has oído.

—¿Adónde?

—Mi jefe quiere verme en su despacho. Tiene un trabajo para mí. Y parece que es urgente.

—¡Te dije que no contestaras, Gary! —gritó la pelirroja.

El agente la abrazó.

—Cariño, no perdamos el tiempo discutiendo. Nos queda muy poco y hemos de aprovecharlo bien —dijo, antes de besarla en los labios con ardor.

CAPÍTULO II

Donald Altman, uno de los más veteranos jefes del Servicio Secreto estadounidense, vivía en Los Ángeles. Y Santa Mónica se hallaba prácticamente a un tiro de piedra de Los Ángeles, así que Gary Bonner ya debería estar en su despacho.

Pero no.

El agente no había aparecido, todavía.

Altman rezongó una maldición, porque adivinaba la causa del retraso de Bonner. Se había entretenido con la chica que le acompañaba, haciendo caso omiso de sus palabras.

Y no era la primera vez que sucedía.

Donald Altman, furioso, se levantó de su sillón y comenzó a pasear por el despacho, con las manos a la espalda y un cigarro incrustado en la comisura izquierda de la boca.

Era un tipo de mediana estatura, corpulento, de cuello grueso y corto, nariz roma, mentón cuadrado, y muy poco pelo ya en la cabeza. Y es que había cumplido ya los cincuenta y dos años de edad.

Llevaría unos diez minutos dando vueltas por el despacho, cuando llamaron a la puerta. Aunque no hubiera estado esperando a Gary Bonner, habría sabido que era él, ya que el agente tenía una forma muy particular de llamar a las puertas.

Era una especie de cantinela, absolutamente inconfundible.

Altman, sin quitarse el puro de la boca, gruñó:

—¡Adelante!

La puerta se abrió al instante y Gary Bonner penetró en el despacho, luciendo un elegante pantalón color coñac, una camisa grana, de botones plateados, y una chaqueta color hueso, no menos elegante.

—Ya me tiene aquí, jefe —dijo, con la sonrisa en los labios.

Esperaba que Donald Altman se contagiara, pero no fue así. El jefe del Servicio Secreto norteamericano siguió con cara de vinagre.

El agente carraspeó.

—¿Qué le ocurre, jefe? ¿Le duelen los juanetes...?

—¡No!

—El estómago, entonces. Esa dichosa gastritis...

Altman se quitó el cigarro de la boca de un furioso zarpazo y rugió:

—¡A mí no me duele nada!

—¿Y por qué pone esa cara...? —preguntó Gary—. Parece que esté oliendo huevos podridos, jefe.

—¡Te dije que volaras hacia aquí, Bonner!

—No tengo avioneta, jefe. Y tampoco helicóptero.

Altman descargó un patadón en el suelo.

—¡Lo de volar lo dije en sentido figurado, maldita sea!

El agente le miró el pie y sonrió.

—Qué vista tiene, jefe.

—¿Cómo? —se desconcertó Altman.

—Yo no la había visto.

—¿A quién no habías visto?

—A la cucaracha.

—¿Cucaracha...? ¿Qué cucaracha?

—La que acaba usted de aplastar con su zapato.

Altman levantó inmediatamente el pie que segundos antes descargara furiosamente contra el suelo, pero no vio ninguna cucaracha, ni muerta ni viva.

—¿Dónde está la cucaracha...? —exclamó.

—Diablos, ha desaparecido. ¿No la tendrá pegada a la suela del zapato...?

Altman se agarró el pie, se lo dobló, y examinó la suela del zapato, que estaba muy limpia.

—¡Aquí no hay nada pegado!

—Entonces, es que no había cucaracha. Y si no había ninguna cucaracha, no me explico por qué dio usted tan gran patada, jefe.

La cara de Donald Altman se congestionó.

—¡Me has tomado el pelo, Bonner! —tronó, con ojos llameantes.

—Le aseguro que no lo dije con esa intención, jefe —tosió el

agente, que se estaba mondando de risa por dentro.

—¡Llegas tarde y encima con ganas de pitorreo! ¡Es el colmo! —Relinchó Altman, al tiempo que arrojaba el puro con rabia y lo estrellaba contra la pared.

—Vine lo antes posible, jefe.

—¡Mentira!

—Se lo juro. Lo que pasa es que el tráfico está cada vez peor y...

—¡Ni tráfico ni narices! ¡Te has retrasado porque no despediste a la chica con un beso, como te dije, sino que le hiciste la faena completa!

Gary tosió de nuevo.

—No diga eso, jefe, o sentiré complejo de torero.

—¿Torero...?

—Hombre, lo de la faena completa me hace pensar en las dos orejas y el rabo.

Altman se agarró la cabeza con desesperación.

—¡No puedo con él, Dios! ¡No puedo...! —gritó, con los ojos cerrados.

El agente no pudo contener una risita.

—No se tire de los pelos, jefe, que le quedan muy pocos.

Altman dio una nueva patada en el suelo.

—¡Basta, Bonner, te lo suplico!

—¡Ya se cargó otra cucaracha, jefe!

—¡Al infierno contigo! —bramó Altman, y corrió a sentarse en su sillón.

Gary Bonner rompió a reír con ganas.

—¡Vamos, jefe, cálmese! ¡Hay que saber aguantar las bromas!

—¡Con las tuyas no puedo! ¡Me destrozan los nervios!

—¿Le pido una tila, jefe?

—¡No! ¡No quiero nada! ¡Sólo que te calles, que te sientes, y que me escuches!

—Eso está hecho —repuso Gary, y se sentó frente a la mesa del jefe del Servicio Secreto.

Donald Altman respiró hondo un par de veces, para serenarse, y se pasó la mano por la cabeza, como si pretendiera mesarse el cabello. Pero tenía tan poco, que lo que en realidad hizo fue pasarse la mano por la calva.

Después, tomó la carpeta que tenía sobre la mesa y la abrió,

diciendo:

—Te necesito para que impidas la «Operación Relámpago», Bonner.

—¿«Operación Relámpago»...? —repitió el agente, visiblemente intrigado.

—Ése es el nombre clave de la serie de acciones que, simultáneamente, piensa llevar a cabo muy pronto un tal Zeb Stander. Ésta es su fotografía.

Gary tomó la foto que le tendía Donald Altman y vio que se trataba de un hombre de unos cuarenta y pocos años de edad, apuesto, elegante, con un fino y cuidado bigote.

—¿Qué pretende este hombre, jefe?

—Cargarse todo el petróleo que tenemos en el país.

El agente respingó.

—¿Cargarse el petróleo, dice...?

—Sí.

—¿Cómo?

—Posee un laboratorio secreto, en el que trabajan, desde hace tiempo, varios hombres y mujeres. En dicho laboratorio se llevan a cabo todo tipo de experimentos. El último de ellos ha dado como resultado una droga capaz de destruir las reservas petrolíferas no ya de los Estados Unidos, sino del mundo entero.

Gary Bonner parpadeó.

—¿Del mundo entero...?

—Sí, ya que basta una mínima cantidad de esa maldita sustancia para destruir miles y miles de litros de petróleo. Las pruebas realizadas no dejan lugar a dudas.

—Demonios... —murmuró el agente.

Donald Altman siguió explicando:

—En el laboratorio secreto de Zeb Stander se está elaborando una importante cantidad de esa destructiva droga. Y, en cuanto dispongan de la suficiente, se llevará a cabo la «Operación Relámpago», que consistirá en introducir grandes dosis de droga en los principales oleoductos del país.

—¿Y qué conseguiría Zeb Stander con eso...?

—No lo sabemos. Aunque sospechamos que será altamente recompensado por algún país extranjero eminentemente petrolífero. Las razones, naturalmente, son obvias. Si Estados Unidos se queda

sin petróleo, tendrá que importarlo urgentemente.

—Entiendo.

—Tu misión será abortar la «Operación Relámpago», Bonner.

—Lo intentaré, jefe.

—No puedes fracasar, Bonner.

—¿He fracasado alguna vez, jefe?

—No, pero esta misión será quizá la más peligrosa de cuantas has llevado a cabo desde que perteneces al Servicio Secreto. Zeb Stander tiene mucha gente a su alrededor y no te será fácil llegar hasta su laboratorio secreto.

—¿Dónde lo tiene, jefe?

—En Punta Gorda, Florida. Claro que, lo que aparentemente tiene Zeb Stander, es un Centro de Culturismo, en el que varias docenas de hombres y mujeres ejercitan y desarrollan sus músculos. El Centro es una tapadera, claro.

—Qué interesante.

Altman cogió otra fotografía de la carpeta y se la pasó al agente.

—Es Ingrid Ewell, una de las alumnas del centro.

Gary miró la foto.

—Es toda una belleza, jefe.

—Ella es quien nos ha informado de los planes de Zeb Stander.

—¿De veras?

—Trabaja para el Servicio Secreto, como tú. Y te ayudará a realizar la misión.

—¡Encantado! —exclamó el agente.

Altman frunció el ceño y le apuntó con el dedo.

—Recuerda que vas a ir a Florida a impedir la «Operación Relámpago», Bonner, no a vivir una de tus aventuras amorosas con Ingrid Ewell. Ni siquiera lo intentes, porque Ingrid me lo hará saber y...

Gary rió.

—Tranquilo, jefe. Cuando estoy trabajando no pienso en diversiones —dijo, aunque la verdad es que ya estaba deseando tener entre sus brazos a la bella Ingrid.

CAPÍTULO III

El Centro de Culturismo que servía para camuflar el laboratorio secreto de Zeb Stander había sido montado por todo lo alto. El edificio, grande y moderno, se alzaba junto al mar, en uno de los más bellos parajes de la costa oeste de Florida.

Punta Gorda se hallaba a escasos kilómetros de allí.

Zeb Stander sabía que el culturismo era un deporte que estaba ganando rápidamente adeptos, tanto en los hombres como en las mujeres, y por eso se decidió por montar un centro dedicado a la enseñanza y práctica del mismo.

Era una tapadera ideal para ocultar su laboratorio y el equipo de científicos que trabajaban en él, a las órdenes de Patrick Doyle, a quien Zeb Stander había nombrado jefe de experimentos, por ser el científico más experto y más inteligente de cuantos tenía a su servicio.

Patrick Doyle era, en realidad, el inventor de la sustancia que, aplicada en grandes dosis, podía destruir las reservas petrolíferas del mundo entero.

Casi nada.

Aunque el Centro de Culturismo lo dirigía personalmente Zeb Stander, los que realmente lo llevaban eran Bruno Frazier y Debra Pavan, ambos profesores de culturismo.

Bruno Frazier, de treinta y tres años de edad, casi dos metros de estatura, y cien kilos largos de peso, se encargaba de los alumnos varones.

Poseía unos músculos impresionantes.

Era un verdadero Hércules.

Había triunfado en varios concursos de eso, de músculos, aunque no había llegado a ser «Míster Universo». Era una espina

que tenía clavada, pero aún confiaba en sacársela.

De momento, ganaba un magnífico sueldo trabajando como profesor en el Centro de Culturismo propiedad de Zeb Stander y estaba ahorrando un dinero que más adelante le vendría muy bien, porque no sólo de músculos vive el hombre.

Debra Pavan se ocupaba de las chicas. Era una morena sumamente atractiva, ya que, aunque había desarrollado bastante sus músculos, de manera especial los de los muslos, ello no le proporcionaba en absoluto un aspecto hombruno.

Tenía la espalda larga, la cintura muy estrecha, las caderas perfectamente curvadas, un trasero maravilloso... Esto último podía apreciarse también porque Debra Pavan, al igual que sus alumnas, realizaba los ejercicios con un pequeño bikini, lo que permitía admirar la belleza agresiva de su moreno cuerpo, ágil, elástico, brillante, realmente seductor.

Y es que la profesora de culturismo sólo tenía veinticinco años.

Ciertamente, era todo un espectáculo ver a Debra Pavan contorsionando su espléndida anatomía con suavidad y lentitud. Su cuerpo parecía de goma. Se diría que carecía de huesos.

También era un espectáculo, desde luego, contemplar las evoluciones de sus alumnas, todas ellas jóvenes y bien formadas. No podían, naturalmente, imitar la perfección de movimientos de su profesora, pero la mayoría de ellas lo hacían ya francamente bien.

De manera especial, Ingrid Ewell, la agente del Ser vicio Secreto que se había inscrito en el Centro de Culturismo con la misión de averiguar lo que allí estaba sucediendo realmente.

El Servicio Secreto tenía sospechas de que Zeb Stander desarrollaba una actividad secreta en su centro, que lo del culturismo era un camuflaje, e Ingrid Ewell, una mujer inteligente y decidida, audaz como pocas, se había encargado de demostrar que dichas sospechas eran ciertas.

Y no había sido fácil, ni mucho menos, pues era prácticamente imposible llegar hasta el laboratorio secreto de Zeb Stander, fuertemente custodiado día y noche.

Las medidas de seguridad adoptadas eran numerosas y todas ellas sumamente eficaces, difícilísimas de burlar. Por ello, Ingrid Ewell había tardado bastante en descubrir los auténticos planes de Zeb Stander.

Durante los primeros días de estancia en el centro, la agente se había limitado a observar a todo el mundo con disimulo, sin realizar el menor movimiento encaminado a descubrir la verdadera actividad de Zeb Stander, para no despertar sospechas y echarlo todo a perder.

No podía dar ningún paso en falso, tenía que comportarse como el resto de las alumnas. Y así lo había hecho, asimilando mejor que nadie las enseñanzas y los consejos de Debra Pavan, quien rápidamente le tomó simpatía.

La profesora esperaba hacer de ella una perfecta culturista.

Lo que Debra Pavan ignoraba, claro, era que Ingrid Ewell sobresalía en los distintos ejercicios porque ella contaba con la ventaja de haber practicado judo, karate, y otros varios tipos de lucha, como la mayoría de los agentes del Servicio Secreto norteamericano, de manera que su cuerpo, perfectamente adiestrado para la defensa personal, poseía ya la agilidad, la fortaleza y la elasticidad que proporcionaban la práctica del culturismo.

Ingrid Ewell tenía veintitrés años, el cabello rubio y los ojos claros. Su rostro era bello, pero su cuerpo aún lo era más. Una verdadera maravilla.

Estaba realizando los ejercicios con un minúsculo bikini rojo y su cuerpo brillaba como si se hubiera aplicado algún aceite especial. Y lo mismo sucedía con las demás alumnas.

Las clases de culturismo, tanto las de los hombres como las de las mujeres, se daban en la misma sala, si bien los varones ocupaban una zona de la misma y las hembras la opuesta.

La sala era tan amplia, que aún sobraba espacio.

Naturalmente, los hombres echaban alguna que otra mirada a las mujeres, porque valía la pena. Y también ocurría a la inversa, pues los varones realizaban sus ejercicios luciendo escuetos *slips* y las chicas sentían también la tentación de mirar sus musculosos cuerpos de vez en cuando.

Las miradas femeninas iban principalmente dirigidas al impresionante físico de Bruno Frazier, el profesor de culturismo; las masculinas eran generalmente para Debra Pavan e Ingrid Ewell.

Hasta el propio Bruno se fijaba en Ingrid, a la que miraba de un modo muy especial. Y no sólo porque destacase en los ejercicios,

sino por sus muchos atractivos.

Ingrid se había dado cuenta de ello, pero simulaba ignorarlo.

No quería nada con el profesor de culturismo.

Ni con ninguno de los alumnos del centro.

Ella no había ido allí a liarse con ningún hombre, por fuerte y atractivo que fuera, sino a realizar una misión muy peligrosa, de la que aún no sabía si saldría con vida.

Había logrado averiguar casi todo lo relacionado con la «Operación Relámpago», arriesgándose mucho, pero ahora tenía que esperar la llegada del agente encargado de desbaratar los planes de Zeb Stander y ayudarle a impedir la «Operación Relámpago».

Ingrid confiaba en que el agente apareciese pronto, porque en el laboratorio secreto, ubicado en los sótanos del edificio, se estaba trabajando ya activamente en la elaboración de la necesaria cantidad de droga para llevar a cabo la «Operación Relámpago».

En todo ello pensaba la agente, mientras realizaba los diversos ejercicios bajo la atenta mirada de Debra Pavan. La clase estaba ya a punto de terminar, por lo que a las chicas se refería, y todas, sin excepción alguna, estaban deseando verse debajo de las duchas.

Los varones solían terminar sus ejercicios una media hora después que las mujeres. De esta manera, cuando ellos concluían sus prácticas de culturismo, las chicas habían abandonado ya las duchas.

Zeb Stander acostumbraba a dejarse ver por la sala de ejercicios.

Aquella tarde también lo hizo, fumando, como casi siempre, un excelente habano. Pareció observar a todos los alumnos, pero en quien se fijó en realidad fue en Ingrid Ewell.

La agente lo miró a su vez y supo que, aunque con disimulo, el propietario del Centro de Culturismo estaba pendiente de ella, de su cuerpo, y de sus movimientos.

No le sorprendió, pues no era la primera vez que Zeb Stander la observaba. Sin embargo, le pareció que en esta ocasión la miraba de una forma distinta, intrigante, sospechosa.

Ingrid no quiso alarmarse, pero...

¿Sabría algo de ella?

¿Habría averiguado que era una espía?

La agente se decía que no, que el propietario del Centro de

Culturismo no sabía nada, que sólo eran imaginaciones suyas. La observaba porque era un hombre y ella una mujer hermosa, esbelta y deseable.

Nada más.

De pronto, Zeb Stander le hizo una muda indicación a Debra Pavan.

La profesora de culturismo interrumpió la clase y se acercó al dueño del centro con la sonrisa en los labios.

Ingrid los vio conversar y adivinó que hablaban de ella.

No le gustó en absoluto.

La conversación fue breve.

Después Zeb Stander abandonó la sala de ejercicios y Debra Pavan se aproximó a Ingrid Ewell, sonriente.

—El señor Stander quiere que vayas a su despacho, Ingrid.

—¿A su despacho...?

—Desea charlar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre el culturismo, naturalmente. Se ha dado cuenta de que eres la alumna que mejor realiza los ejercicios.

—Vaya.

—Vamos, no hagas esperar al señor Stander.

—¿He de ir ahora...?

—Si.

—¿Sin terminar los ejercicios...?

—No te preocupes por eso. La clase ya casi ha terminado.

—¿Y la ducha...?

—Ya te ducharás después. Venga, muévete —ordenó la profesora de culturismo, empujándola.

CAPÍTULO IV

Ingrid Ewell caminaba ya hacia el despacho de Zeb Stander. Se había puesto la bata. Una bata corta, ligera, muy vistosa. Y, por si las moscas, se la había cerrado lo mejor posible.

La agente temía que el propietario del centro quisiera hacer algo más que charlar sobre culturismo. Y ella, desde luego, no le iba a dar ningún tipo de facilidades.

Ingrid alcanzó el despacho y llamó a la puerta.

—Adelante —autorizó Zeb.

La agente abrió y entró en el despacho.

—Con su permiso, señor Stander.

—Pasa, Ingrid —rogó el dueño del centro, con una afable sonrisa.

Estaba sentado en su sillón, detrás de la magnífica mesa, y seguía fumándose el caro habano. La agente cerró la puerta y se aproximó.

—Debra me dijo que deseaba usted verme, señor Stander.

—Sí, quiero hablar contigo, Ingrid. Pero, antes, siéntate.

—Gracias.

La agente ocupó uno de los dos sillones que había delante de la mesa de Zeb Stander.

—Usted dirá, señor Stander.

—Eres tú la que tienes que decirme cosas a mí, Ingrid.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Qué quiere que le diga, señor Stander...?

—Para empezar, dime quién eres realmente y qué pretendes fingiéndote interesada por el culturismo.

Ingrid sintió un ramalazo de frío en la espalda, aunque no se le

notó.

—No entiendo lo que quiere decir, señor Stander.

—¿De veras?

—Yo estoy tan interesada como la que más por el culturismo. Prueba de ello es que...

—No seas embustera, Ingrid —le cortó Zeb—. A ti el culturismo te importa un rábano.

—¿Por qué piensa eso, señor Stander...?

—Te he estado vigilando sin que tú te dieras cuenta, Ingrid. Y has hecho cosas muy raras, ¿sabes?

La agente volvió a sentir frío en la espalda.

—¿Qué cosas, señor Stander?

—Has actuado como una espía.

Ingrid respingó.

—¿Como una espía, dice...?

—Sí, ésa es la impresión que he sacado de tu extraño comportamiento.

—Perdone, señor Stander, pero creo que mi comportamiento no ha tenido nada de extraño. He hecho lo mismo que el resto de las alumnas, ni más ni menos.

Zeb Stander meneó la cabeza.

—No, Ingrid. Insisto en que has actuado como una espía. Y creo que lo eres.

—¿Yo una espía...?

—Sí.

—¡Eso es ridículo, señor Stander!

—¿Tú crees?

—¿Qué iba a espiar yo aquí...?

—Eso es precisamente lo que quiero que me digas. ¿Qué es lo que buscas en este centro, Ingrid?

—¡Nada!

—Te conviene decirme la verdad, ¿sabes?

—Se la estoy diciendo, señor Stander.

—¿Insistes en negar que...?

—Rotundamente.

—Peor para ti. ¡Adelante, muchachos!

La puerta se abrió y dos hombres penetraron en el despacho.

Ingrid giró la cabeza y los miró.

Eran altos, corpulentos, y tenían una cara de bestias que ponía los pelos de punta. A la agente no se le pusieron porque ya los había visto antes.

Se trataba de dos de los gorilas que custodiaban permanentemente el laboratorio secreto de Zeb Stander.

Los tipos, que por lo visto ya tenían instrucciones de su jefe, se acercaron a Ingrid con gesto amenazante, flanquearon el sillón, y la agarraron cada uno de un brazo.

La agente dejó escapar un gemido.

—¿Qué significa esto, señor Stander...?

—Clinton y Freddie se encargarán de hacerte hablar, preciosa —respondió Zeb, sonriendo.

—¡Pero si yo no tengo nada que decir!

Los gorilas tiraron de ella con brusquedad y la obligaron a ponerse en pie. Zeb Stander desgranó una risita y dijo:

—Si quieres un buen consejo, confiesa antes de que Clinton y Freddie empiecen a maltratarte, porque no sabría decirte cuál de ellos es más bruto.

Ingrid forcejeó con los tipos, gritando:

—¡No tienen por qué maltratarme! ¡Yo no he hecho nada!

Naturalmente, no consiguió librarse de ellos.

Porque no quiso, claro.

De haber hecho uso de sus conocimientos de defensa personal...

Pero no le convenía, por el momento.

Si luchaba con los gorilas como ella sabía hacerlo y los ponía fuera de combate, se delataría y Zeb Stander ya no tendría la menor duda de que era, efectivamente, una espía.

Y eso sería peor que ser maltratada un poco por Clinton y Freddie.

Claro que, si los tipos se pasaban, no tendría más remedio que defenderse con eficacia. No estaba dispuesta a que le rompieran un brazo, por ejemplo, ni a que le destrozaran la cara a golpes.

Zeb Stander se dejó oír de nuevo:

—Aún estás a tiempo, Ingrid. Confiésalo todo y te ahorrarás muchos sufrimientos.

—¡No tengo nada que confesar! —gritó la agente, fingiéndose aterrorizada—. ¿En qué idioma quiere que se lo diga, señor Stander...?

El propietario del Centro de Culturismo exhaló un suspiro e indicó:

—Empezad, muchachos.

* * *

Clinton, que sujetaba el brazo derecho de Ingrid Ewell, fue el primero en abofetearla. Lo hizo con dureza y la agente dio un grito.

Un instante después era la mano de Freddie la que caía sobre el bello rostro de Ingrid, haciéndola gritar de nuevo. Y fue esta segunda bofetada la que hizo sangrar a la agente por la comisura de la boca, aunque sólo ligeramente.

Después, Clinton la agarró bruscamente del rubio cabello y le dio un doloroso tirón. Ingrid chilló y dobló la cabeza hacia atrás, todo lo que pudo.

—¡Cobardes! ¡Salvajes!

—¡Confiesa que eres una espía! —barbotó Clinton.

—¡No es cierto! ¡No soy ninguna espía!

Freddie le retorció el brazo izquierdo y la agente lanzó otro chillido, más largo y más agudo que el anterior.

—¡Confiesa o te rompo el brazo! —amenazó el gorila.

—¡Canallas...!

Con la otra mano, Freddie le abrió la bata y le arrancó el sujetador del bikini, dejándola con los pechos al aire.

—¡Esto aún te va a doler más, rubia! —dijo, aferrándole el seno izquierdo.

—¡Seguro! —exclamó Zeb Stander, que había clavado los ojos en los hermosos senos de la agente.

Estaba disfrutando con el espectáculo, no cabía duda.

Pero el espectáculo cambió tan sólo un par de según dos después de que Freddie atenazara el pecho izquierdo de Ingrid Ewell, porque ésta no estaba dispuesta a pasar por eso.

Las bofetadas, los tirones de pelo, y hasta la torsión del brazo, se podían aguantar, pero que la dejaran con los pechos al aire, y encima se los trituraran salvaje mente, era demasiado.

Y la agente, claro, entró en acción.

Para empezar, giró la mitad inferior de su cuerpo hacia la izquierda y disparó la rodilla derecha, incrustándola entre los

muslos de Freddie.

El gorila lanzó un tremendo alarido y soltó inmediatamente el seno de Ingrid, así como su brazo, ya que necesitaba ambas manos para agarrarse lo que tanto le dolía.

Lo hizo y se encogió exageradamente, aunque no llegó a derrumbarse.

Para entonces, la mano izquierda de la agente ya caía como un hacha sobre el cuello de Clinton, quien no había tenido tiempo de reaccionar.

El golpe de karate, perfectamente asestado, hizo que al gorila se le doblaran las piernas y se desplomara como un saco de patatas.

Ingrid, totalmente libre ya, elevó de nuevo la rodilla, esta vez la izquierda, y la estrelló en la arrugada cara de Freddie, mandándolo al suelo.

Clinton, pese al hachazo recibido, intentó levantarse, pero la agente no se lo permitió. Le atizó una patada a la mandíbula y lo hizo rodar por el suelo.

Zeb Stander, mientras tanto, había abierto el cajón superior de su mesa y empuñado una extraña pistola. No lanzaba balas, sino unos pequeños dardos narcotizantes.

Sin dudarle un solo segundo, apuntó a Ingrid y accionó el gatillo.

El diminuto dardo se clavó en el cuello de la agente.

Ingrid sintió el pinchazo y se llevó la mano al cuello, pero ya era tarde, pues los efectos del narcótico eran instantáneos. Se le nubló la vista, le abandonaron las fuerzas, y se desmoronó, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

Había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO V

Gary Bonner acababa de llegar al Centro de Culturismo de Zeb Stander.

Había tomado un taxi en Punta Gorda.

El agente secreto pagó al taxista y se introdujo en el edificio, cargado con una maleta. En el vestíbulo, tras un mostrador, uno de los empleados de Zeb Stander hacía de recepcionista y se encargaba de recibir a los nuevos alumnos.

Casi todos los días llegaba alguien, así que la llegada de Gary Bonner no tenía por qué despertar, en principio, las sospechas de nadie.

El agente fue hacia el mostrador y dejó la maleta en el suelo.

—Buenas tardes.

—Hola —respondió el empleado del centro, un tipo joven, de elevada estatura, fornido.

—Me llamo Gary Bonner y quisiera inscribirme en este centro. Me encanta el culturismo.

—No creo que haya ningún problema, siempre y cuando esté usted de acuerdo en las condiciones, Bonner.

—Las aceptaré sin rechistar.

—Perfecto. Rellene esta ficha, Bonner.

El agente lo hizo.

Cuando le devolvió la ficha al empleado, éste la observó y dijo:

—De California, ¿eh?

—Sí, vivo en Santa Mónica.

—Tengo entendido que es un lugar maravilloso.

—Cierto. Pero Punta Gorda no tiene nada que envidiarle. Ya me habían dicho que es un lugar hermoso, pero, sinceramente, no creí que lo fuera tanto.

El empleado sonrió.

—Se sentirá muy a gusto aquí, Bonner.

—Seguro.

—Veré si el señor Stander está en su despacho.

—¿El señor Stander...? —repitió el agente, como si no supiera de quién se trataba.

—Es el director del centro, además de su propietario —explicó el empleado—. Tiene por costumbre recibir en su despacho a los nuevos alumnos, para conocerlos personalmente. Luego, acepta o rechaza su admisión.

—Espero que no rechace la mía.

El empleado emitió una risita.

—No se preocupe, Bonner. El señor Stander es un tipo excelente y es muy raro que rechace la admisión de un nuevo alumno.

—Eso me tranquiliza —sonrió el agente.

El empleado tomó el teléfono y pulsó el botón que le ponía en comunicación con el despacho del dueño del centro. A los pocos segundos, Zeb Stander atendía la llamada.

—¿Sí...?

—Soy Hendrix, señor Stander.

—¿Qué ocurre, Hendrix?

—Ha llegado un nuevo alumno, señor Stander. Se llama Gary Bonner, tiene treinta y dos años, y procede de Santa Mónica, California. Es alto y fuerte. Creo que puede convertirse en un magnífico culturista. ¿Lo llevo a su despacho para que dé usted el visto bueno...?

Zeb Stander tardó unos segundos en responder.

—En este momento estoy ocupado, Hendrix. No podré recibir a ese nuevo alumno hasta dentro de quince minutos. Llévelo, mientras tanto, a la sala de ejercicios, para que presencie las evoluciones de los alumnos del centro. Y preséntale a Bruno Frazier.

—De acuerdo, señor Stander —respondió el empleado, y colgó el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gary.

—El señor Stander está ocupado y no podrá recibirle hasta dentro de quince minutos, Bonner.

—No importa. Esperaré.

—Sí, pero no aquí, sino en la sala de ejercicios, viendo cómo

trabajan los alumnos del centro.

—¡Magnífico!

—Ha sido idea del señor Stander —explicó Hendrix—. Sígame, Bonner.

—Con mucho gusto.

—No se preocupe por la maleta. Nos encargaremos de llevarla a su cuarto cuando el señor Stander haya aceptado su admisión.

—Perfecto.

El empleado salió de detrás del mostrador y condujo al agente secreto a la sala de ejercicios. Cuando llegaron, Debra Pavan daba por finalizada la clase de las chicas y las mandaba a las duchas.

Gary Bonner buscó con la mirada a Ingrid Ewell, pero no la encontró y ello le extrañó. Se guardó mucho, sin embargo, de preguntarle a Hendrix por ella.

Nadie debía saber que existía una relación entre Ingrid y él.

El agente admiró las bellas formas de las alumnas, pero, especialmente, las de Debra Pavan.

—Qué tremendas están todas... —murmuró.

Hendrix rió.

—Le gustan, ¿eh?

—Mucho. De manera especial aquella morenaza.

—Es Debra Pavan, la profesora de culturismo. Ella se ocupa de las mujeres. De los hombres se encarga Bruno Frazier. Es aquél. El señor Stander me dijo que se lo presentara.

El agente secreto observó al profesor de culturismo y comentó:

—No creo que Sansón tuviera los músculos más desarrollados y potentes que él.

Hendrix rió de nuevo.

—Yo tampoco, Bonner. Venga conmigo y se lo presentaré.

Se acercaron los dos al profesor de culturismo, quien ya había reparado en Gary Bonner, lo mismo que Debra Pavan, que ya estaba abandonando la sala junto con sus alumnas.

La profesora de culturismo había visto que el agente la observaba con evidente admiración y se sintió halagada. Entre otras cosas, porque a ella también le había gustado el aspecto del nuevo alumno.

Hendrix y Bonner llegaron junto al hercúleo Frazier.

Hendrix hizo las presentaciones y el profesor de culturismo

tendió su poderosa mano al agente secreto.

—Bien venido, Bonner.

—Gracias —respondió Gary, estrechándosela.

—Tienes un buen físico.

—El suyo es impresionante, Frazier.

Bruno sonrió, orgulloso de su musculatura.

—Mi secreto no es otro que el ejercicio diario, Bonner.

—Ya lo supongo.

—Espero hacer de ti un excelente culturista. Pero tú tienes que ayudarme, siguiendo mis consejos y esforzándote al máximo durante los ejercicios.

—Lo prometo.

—Bien. Y ahora, si me disculpas, voy a seguir con los muchachos.

—Por supuesto.

Bruno Frazier volvió a ocuparse de los alumnos, cuyas evoluciones fueron seguidas por el agente secreto y por Hendrix, mientras aguardaban el momento de presentarse en el despacho de Zeb Stander.

* * *

Zeb Stander les había echado la bronca ya a Clinton y Freddie, por haberse dejado sorprender y vapulear por Ingrid Ewell, quien seguía en el suelo, muy quieta, con la bata abierta, exhibiendo involuntariamente sus tentadores senos.

Clinton y Freddie tampoco se habían incorporado, todavía, pese a los gritos y los insultos de su jefe, que no remitían, aunque se habían interrumpido cuando el propietario del Centro de Culturismo atendió la llamada de Hendrix.

Zeb Stander, que había hablado con Hendrix de pie, rodeó su mesa y la emprendió a puntapiés con Clinton y Freddie.

—¡Arriba, pareja de inútiles...! ¡Tenéis que sacar de aquí a la chica...! ¡Voy a recibir a un nuevo alumno dentro de unos minutos! ¡Quiero verlos a los dos en pie en seguida!

Clinton fue el primero en incorporarse, aunque no sin dificultad. Tenía el cuello tan hinchado, como consecuencia del hachazo que le soltara la agente, que no podía poner recta la cabeza.

¡Y cómo le dolía esa parte del cuello...!

También le dolía la mandíbula, a causa del patadón que le atizara Ingrid. Y encima, Zeb Stander le daba puntapiés...

Con todo, Freddie se hallaba en peor estado que Clinton, pues tenía el rostro ensangrentado, debido al segundo rodillazo que recibiera de la agente. Tenía el tabique nasal fracturado y los labios partidos, amén de un par de dientes flojos.

Lo más terrible, sin embargo, era el dolor que todavía sentía en los genitales, machacados por el primer rodillazo de Ingrid. Por su gusto, no se hubiera movido, pero los puntapiés de Zeb Stander le obligaron a ponerse en pie.

—¡Os habéis lucido, imbéciles! ¡Dos hombres contra una mujer, y ella gana la pelea! ¡Es como para morir de vergüenza! —siguió gritando el dueño del Centro de Culturismo.

Clinton y Freddie no replicaron.

Sabían que no se habían cubierto de gloria precisamente.

Zeb Stander se agachó y recuperó el diminuto dardo que había servido para dejar fuera de combate a Ingrid Ewell. Después cerró la bata de la agente y ató el cinturón.

—¡Vamos, cargad con ella y llevadla a mi sauna privada! ¡Allí la haremos «cantar», cuando pasen los efectos del narcótico! ¡Rápido, estúpidos!

Los gorilas cargaron con Ingrid.

Zeb Stander recogió el sujetador del bikini de la agente y se lo puso en el bolsillo a Clinton, barbotando:

—¡Os dejabais esto, burros!

Clinton y Freddie se llevaron a Ingrid, y Zeb Stander quedó solo, esperando la aparición de Hendrix y el nuevo alumno, que no tardarían en llegar.

CAPÍTULO VI

Zeb Stander había guardado la pistola lanzadora de dardos narcotizantes, así como el dardo utilizado para reducir a la peligrosa Ingrid Ewell, cuya forma de pelear le había impresionado profundamente, aunque no lo hubiera reconocido en presencia de Clinton y Freddie.

De haberlo hecho, no hubiera podido insultarles y patearles el trasero. Y se lo merecían, por no haber sabido defenderse mejor.

Hondamente preocupado por lo que hubiera podido averiguar Ingrid Ewell, aunque esperaba que la espía acabaría por confesarlo todo, Zeb Stander volvió a sentarse en su sillón, recuperó el habano, se lo llevó a la boca, y le dio una larga chupada.

Estaba expulsando el humo, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —autorizó, cambiando su gesto de preocupación por otro tranquilo y cordial, pues adivinaba que se trataba de Hendrix y del nuevo alumno.

Efectivamente, la puerta se abrió y Hendrix entró en el despacho, acompañado de Gary Bonner.

—Con su permiso, señor Stander —dijo el empleado.

—Adelante, Hendrix.

Éste y el agente secreto se aproximaron a la mesa.

—Le presento a Gary Bonner, señor Stander —dijo Hendrix.

—¿Qué tal, muchacho? —sonrió Zeb.

—Encantado de conocerle, señor Stander —respondió Gary.

—Toma asiento y conversaremos.

—Muy amable.

El agente se sentó en el mismo sillón que minutos antes ocupara Ingrid Ewell. Y, una vez sentado, descubrió unas pequeñas manchas de sangre en el suelo.

Saltaba a la vista que eran recientes, pero Gary no dijo nada.

Pensó, sin embargo, en Ingrid Ewell.

¿Tendría algo que ver su ausencia de la sala de ejercicios con aquellas manchas de sangre...?

Era lo que se estaba preguntando el agente, cuando oyó decir a Zeb Stander:

—Déjanos solos, Hendrix.

—Sí, señor Stander —respondió el empleado, y abandonó el despacho.

Zeb, que le había dado otra chupada al puro, dijo:

—Lamento no haberte recibido antes, Bonner, pero tenía que solucionar cierto asunto.

—¿A golpes?

—¿Cómo?

—Hay manchas de sangre en el suelo.

Zeb Stander respingó.

—¿Manchas de sangre...?

—Sí, mire.

Zeb se levantó del sillón y observó la parte del suelo que señalaba el agente secreto.

—Es cierto... —murmuró.

—¿Qué pasó, señor Stander?

—Algo muy desagradable, Bonner. Dos de mis empleados discutieron y llegaron a los puños. En cuanto me enteré, los hice venir a mi despacho y les eché una buena bronca, amenazándoles con despedirlos si volvían a enzarzarse a golpes. Uno de ellos sangraba por la nariz. A eso se deben esas pequeñas manchas, sin duda.

—Entiendo.

Zeb Stander volvió a sentarse, creyendo que su explicación había convencido a Gary Bonner, pero estaba equivocado. El agente había sabido adivinar que el propietario del Centro de Culturismo mentía.

—Así que quieres practicar el culturismo, ¿eh, Bonner? —dijo Zeb, nuevamente sonriente.

—Sí, señor Stander.

—¿Te presentó Hendrix a Bruno Frazier...?

—Oh, sí. Y quedé profundamente impresionado. Posee unos músculos increíbles.

Zeb rió.

—Es un verdadero titán. Y un excelente profesor de culturismo. Los alumnos aprenden mucho con él. Tú también aprenderás, Bonner. No lamentarás en absoluto el haber acudido a este centro.

—¿Significa eso que acepta usted mi ingreso, señor Stander...?

—Naturalmente.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Rellenaste ya la ficha de ingreso, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ya puedes instalarte en tu cuarto. Hendrix te indicará cuál es.

El agente se puso en pie.

—Muchas gracias, señor Stander.

—No hay de qué, muchacho —sonrió Zeb.

Gary salió del despacho.

Zeb Stander borró la sonrisa de sus labios y mordió el puro.

Dejó transcurrir unos minutos.

Después se levantó y abandonó también el despacho, dirigiéndose a su sauna privada, para seguir ocupándose de Ingrid Ewell.

* * *

Cuando Ingrid Ewell volvió en sí, pasados los efectos del dardo narcotizante que se clavara en su cuello, se encontró encerrada en una sauna.

La sauna privada de Zeb Stander.

La agente yacía en el suelo, sin la bata, sin la pieza inferior del bikini, sin nada... Clinton y Freddie la habían dejado completamente desnuda, siguiendo las instrucciones de Zeb Stander, quien ya se había reunido con ellos.

Ingrid irguió el torso y se llevó la mano al cuello, recordando el pinchazo que sintiera en él, segundos antes de perder la noción de la realidad y desplomarse como una cosa muerta.

Afortunadamente, ella no estaba muerta. Seguía viva, sólo que en manos de Zeb Stander y su gente.

¿Y no sería peor que estar muerta...?

Tal vez, pues Ingrid adivinaba que la iban a seguir maltratando

y torturando, para hacerla confesar, y sabía que lo iba a pasar muy mal, porque, desde luego, no pensaba revelar que pertenecía al Servicio Secreto y que había averiguado casi todo lo relacionado con la Operación Relámpago.

Entre otras cosas, porque eso equivaldría a firmar su sentencia de muerte. Una muerte fulminante. Y ella quería seguir en el mundo de los vivos, aunque tuviera que sufrir lo suyo.

Ingrid confiaba en la llegada del agente que debía encargarse, con su ayuda, de desbaratar la Operación Relámpago. Cuando llegase, y no la viera entre las otras alumnas de culturismo, el agente la buscaría y trataría de averiguar lo que había sido de ella.

Ésa era su esperanza, que su compañero llegara pronto, descubriera su situación, y la liberara.

De pronto, oyó la voz de Zeb Stander:

—Ya te has despertado, ¿eh?

Ingrid giró la cabeza hacia la puerta de la sauna, al tiempo que, de una manera instintiva, se cubría el pecho con los brazos y encogía las piernas.

La puerta tenía una pequeña ventana, protegida por un grueso cristal, a través del cual pudo ver la cara de Zeb Stander, quien le hablaba por medio de un micrófono.

—¿Por qué me han encerrado aquí? —gritó la agente, convencida de que el propietario del Centro de Culturismo podía oírla desde fuera de la sauna—. ¿Por qué me han dejado desnuda? ¿Qué es lo que pretende, señor Stander...?

—Que confieses que eres una espía, sólo eso.

—¡No soy una espía!

—¿Todavía lo niegas, después de la sensacional exhibición de defensa personal que realizaste en mi des pacho...?

—¡Eso no tiene nada que ver!

—¿Cómo que no...? ¡Una chica vulgar y corriente no sabría defenderse así!

—¡A mí no sólo me gusta el culturismo, señor Stander! ¡También me gusta el karate! Y lo he practicado, ¿sabe?

Zeb se echó a reír.

—Basta ya de farsa, preciosa. Sé que eres una espía y te obligaré a confesar quién te envió y por qué. Si no me lo dices, te cocerás ahí dentro, porque voy a hacer que la sauna funcione al máximo.

Ingrid tuvo un estremecimiento.

—¡No puede hacer eso, señor Stander!

—¿Que no...? ¡Ahora verás!

La agente desvió la mirada hacia la salida del vapor.

—No, Dios mío... —musitó.

El vapor empezó a salir con fuerza, denso, caliente.

Llenó rápidamente la sauna e Ingrid empezó a sentir un calor sofocante. Su cuerpo desnudo se cubrió de sudor en sólo unos segundos y las gotas, cada vez más gruesas, empezaron a deslizarse por su piel.

La agente comenzó a boquear.

Le costaba mucho respirar.

¡La sensación de ahogo era terrible!

¡Apenas podía llevar aire a sus pulmones!

¡Se asfixiaba...!

Ingrid oyó las carcajadas burlonas de Zeb Stander.

—Se está calentito ahí dentro, ¿verdad?

La agente no respondió, aunque le llamó varias cosas muy feas con el pensamiento, porque lo estaba pasando francamente mal. Tenía la sensación de que su cuerpo era de mantequilla y se estaba fundiendo poco a poco.

Le quemaba la piel.

No se podía resistir tanto calor.

—¿Qué, te decides ya a hablar, Ingrid...? —preguntó Zeb.

La agente volvió a acordarse de la madre de Stander con el pensamiento y siguió boqueando como un pez fuera del agua, pero no confesó que pertenecía al Servicio Secreto.

CAPÍTULO VII

Gary Bonner se encontraba en el cuarto que le había destinado Hendrix, el recepcionista del Centro de Culturismo. Su maleta había sido llevada allí, así que el agente la puso sobre la cama y la abrió, para sacar sus cosas.

Inmediatamente se dio cuenta de que su maleta había sido registrada, pese a que la persona que lo hiciera había procurado dejarlo todo como estaba.

El agente no se alarmó en absoluto, puesto que no llevaba nada en la maleta que pudiera delatar su verdadera personalidad. Y es que ya contaba con que su equipaje fuera registrado por alguno de los empleados de Zeb Stander.

Era normal que el cerebro de la Operación Relámpago tomara esa clase de precauciones, siendo como era su Centro de Culturismo una tapadera para ocultar su laboratorio secreto.

Gary Bonner deshizo tranquilamente su equipaje, mientras pensaba en la forma de dar con Ingrid Ewell sin despertar las sospechas de nadie.

Estaba guardando las últimas cosas cuando llamaron a la puerta. El agente abrió.

—Hola —saludó el tipo que había llamado.

Era uno de los alumnos del centro, Gary recordaba haberlo visto en la sala de ejercicios. Aparentaba unos veintiséis años, tenía el pelo rubio y rizado, y las mejillas salpicadas de pecas, lo que le daba un aire travieso y simpático.

Su cabello aún estaba húmedo, lo que revelaba que hacía sólo unos minutos que había salido de la ducha.

—¿Qué tal? —respondió Gary.

—Me llamo Quax; David Quax —se presentó el rubio, al tiempo

que le tendía la diestra.

El agente se la estrechó.

—Mi nombre es Bonner; Gary Bonner.

—Lo sé.

—¿Cómo es eso?

—Se lo pregunté a Bruno Frazier.

—Entiendo.

—Averigüé que te habían destinado este cuarto y he venido a saludarte.

—Muy amable.

—¿Puedo pasar, Bonner?

—Claro.

—Gracias.

El culturista entró en el cuarto del agente secreto y éste cerró la puerta.

—Ya has deshecho tu equipaje, ¿eh? —dijo Quax.

—Es lo primero que debe hacerse, ¿no? —repuso Gary.

—¡Desde Luego! ¿Y sabes qué es lo segundo...?

—No.

—¡Ligar con alguna de las alumnas! —respondió el rubio, riendo.

El agente rió también y dijo:

—Lo intentaré, Quax.

Éste le puso la mano en el hombro.

—¿Te fijaste en ellas, Bonner...?

—Por supuesto.

—¿Y qué te parecieron...?

—Las hay preciosas.

—¡Todas lo son!

—Debra Pavan, la profesora, está tremenda.

—¡Y que lo digas!

—¿Estaban todas las alumnas en la sala de ejercicios?

—No, faltaba una. La más hermosa de todas.

—¿De veras?

—Nos tiene locos a casi todos, incluido Bruno Frazier, pero es muy difícil ligar con ella, ¿sabes?

—¿Cómo se llama esa diosa?

—Ingrid Ewell.

—¿Y por qué no estaba en la sala de ejercicios...? ¿Se encuentra enferma, acaso?

—Oh, no, nada de eso. Estaba realizando los ejercicios, con las demás alumnas, cuando apareció Zeb Stander y habló con Debra Pavan. Debíó decirle que deseaba hablar con Ingrid, pues, en cuanto el señor Stander se fue, la profesora habló con Ingrid y ésta abandonó también la sala.

—Ya.

—¿Quieres que te la presente, Bonner? —sugirió Quax.

—¿A Ingrid...?

—Sí.

—Me encantaría.

—Quizá tú tengas más suerte que nosotros, Bonner, y consigas ligar con ella.

—Nada pierdo con intentarlo.

—¡Bravo! —exclamó el rubio—. Venga, vamos en su busca. Y si Ingrid te pone el *stop*, como a nosotros, te presentaré otra chica menos difícil.

—De acuerdo —sonrió el agente.

Salieron los dos del cuarto y fueron directamente al de Ingrid Ewell.

Lo hallaron vacío, naturalmente.

—¿Dónde diablos se habrá metido...? —se preguntó David Quax.

—Si tú no lo sabes, menos lo voy a saber yo —repuso Gary.

—Preguntaremos por ella, no te preocupes.

—Bien.

Dejaron el cuarto de Ingrid y Quax preguntó por ella a algunas de las alumnas, pero ninguna, claro, había visto a Ingrid desde que ésta abandonara la sala de ejercicios.

De pronto se tropezaron con Debra Pavan, que ahora lucía un llamativo chandall. David Quax aprovechó la ocasión para presentarle a Gary Bonner.

—Mucho gusto —sonrió la morenaza.

—El gusto es mío, profesora —repuso Gary.

—Todos me llaman Debra. Lo prefiero.

—En ese caso, yo también la llamaré así.

Quax carraspeó y dijo:

—Estamos buscando a Ingrid Ewell. ¿La ha visto usted, Debra...?

—No —respondió la profesora de culturismo—. Y el caso es que yo también la ando buscando, para saber lo que le dijo el señor Stander. Desde que la mandé a su despacho, no la he vuelto a ver. No estuvo en las duchas. Y eso es muy raro.

—Desde luego —asintió Quax.

—¿Para qué la buscáis vosotros?

—Quiero presentársela a Bonner.

Debra Pavan sonrió.

—Porque es la más guapa, ¿eh?

—Mejorando lo presente —repuso el rubio.

—Muchas gracias.

—Estoy de acuerdo con Quax —dijo Gary.

—Sois los dos muy galantes.

Quax y Bonner conversaron un par de minutos más con la profesora de culturismo, y después siguieron buscando a Ingrid Ewell por todo el centro.

Sin ningún resultado, claro.

Al final de la infructuosa búsqueda, David Quax dijo:

—Tendremos que preguntarle a Zeb Stander.

—No, déjalo —pidió el agente.

—¿Por qué?

—La cosa no es tan urgente, Quax. Ya aparecerá Ingrid y entonces podrás presentármela.

—Está bien, como quieras.

—Vuelvo a mi cuarto, Quax. Tengo que hacer un par de cosas.

—De acuerdo. Nos veremos más tarde, Bonner —dijo el rubio, y se separó del agente secreto, quien deseaba estar solo para poder buscar de otra manera a Ingrid Ewell.

CAPÍTULO VIII

Gary Bonner simuló que regresaba a su cuarto, pero, en realidad, dirigió sus pasos hacia el despacho de Zeb Stander. Ahora ya sabía que Ingrid Ewell había estado allí. Y sabía, también, que la conversación de la agente con Stander estaba teniendo lugar cuando él llegó al Centro de Culturismo.

Por eso Zeb Stander no pudo recibirle entonces. Estaba «ocupado» con Ingrid Ewell. Y de la clase de «ocupación», daban una cierta idea las pequeñas manchas de sangre que descubriera en el suelo del despacho del propietario del centro.

Había habido violencia allí, eso estaba claro. Y la posterior desaparición de Ingrid venía a demostrar que la agente había sido atrapada por los hombres de Stander y trasladada a un lugar más idóneo para ser interrogada que el despacho del dueño del Centro de Culturismo.

Y Bonner quería dar con ese lugar cuanto antes, para evitarle sufrimientos a la agente, pues no dudaba de que Ingrid Ewell seguía con vida. Zeb Stander no podía ordenar su ejecución sin antes averiguar lo que sabía la agente, pero ésta no hablaría, aunque la torturasen.

Bonner también estaba seguro de eso.

En cuanto alcanzó el despacho de Stander, dio unos golpes en la puerta con los nudillos. Como el propietario del centro no respondió, el agente abrió la puerta y asomó la cabeza por el hueco, descubriendo que el despacho estaba vacío.

Bonner cerró inmediatamente la puerta, diciéndose que si Stander no estaba en su despacho era porque se encontraba en el lugar donde se hallaba Ingrid Ewell interrogándola.

El agente escrutó el suelo, confiando en descubrir algún leve

rastros de sangre que pudiera llevarle hasta Ingrid. Tuvo suerte, ya que algunos metros más allá encontró una pequeña mancha.

De momento, sirvió para indicarle la dirección que debía tomar.

Bonner siguió el rastro de sangre, encontrando, poco después, otra pequeña mancha. Era apenas una gota, seca ya, naturalmente, pero demostraba que Ingrid Ewell y los hombres que la atraparan habían pasado por allí.

El agente continuó avanzando en esa dirección, que le iba a llevar, sin que nadie le descubriera, hasta la sauna privada del propietario del Centro de Culturismo.

* * *

La sauna privada de Zeb Stander seguía funcionando, pero Ingrid Ewell ya no acusaba los efectos del exceso de vapor y de la elevada temperatura.

No, no había muerto, todavía.

Sencillamente, había sufrido un desvanecimiento.

Y había sido una suerte para ella, porque así no sufría.

Al ver que la agente quedaba tendida en el suelo, con los brazos abiertos, absolutamente inmóvil, Zeb Stander desgranó una imprecación y se apresuró a cerrar la salida del vapor.

Clinton y Freddie, que estaban junto a él, intercambiaron una mirada.

—¿Qué sucede, jefe? —preguntó el primero, que seguía sin poder poner recta la cabeza.

—¿La ha «diñado» la espía...? —habló Freddie, cuyos labios y nariz daban pena, por lo hinchados y amoratados, aunque hacía ya rato que habían dejado de sangrar.

No obstante, el gorila seguía aplicándose de vez en cuando el pañuelo a la cara. Le dolía el tabique nasal y los cortes de los labios, así como lo que tenía de hombre, lo que le obligaba a mantener las piernas separadas.

Curvadas, más bien.

Como si fuera pando.

—Se ha desmayado —masculló Stander—. Abrid la puerta, rápido —ordenó.

Clinton se encargó de abrir la sauna.

Una oleada de calor los azotó a los tres.

—Entra, Freddie —indicó Stander—. Y comprueba que la chica sigue viva.

—Bien.

Freddie penetró en la sauna, donde seguía siendo difícil respirar, y puso su mano en el pecho desnudo y mojado de la agente, para captar los latidos de su corazón.

—Sí, jefe —dijo—. La espía sigue viva.

—Me alegro. Sal, Freddie.

—¿La chica se queda aquí?

—Sí, continuará encerrada en la sauna. Y, cuando se despierte, seguiremos con el «tratamiento». Estoy seguro de que los baños de vapor la harán confesar. No podrá resistir muchos ratos como el que le hice pasar.

—Seguro que no, jefe —dijo Clinton.

Freddie salió de la sauna, con el rostro brillante de sudor.

—Ahí adentro no se puede estar, jefe —rezongó—. Hace un calor infernal.

—Lo sé —sonrió Stander—. Vamos, cierra la puerta, que se escapan las calorías.

Freddie y Clinton rieron, a pesar de su estado.

Cuando el primero hubo cerrado la puerta, Stander dijo:

—Como calculo que la chica tardará un buen rato en volver en sí, me voy a ausentar. Creo que estaré de vuelta antes de que despierte, pero, si no fuera así, no soltéis el vapor. Eso es algo que debo hacer personalmente. Vosotros debéis limitaros a vigilar a la espía. Y no abráis la puerta en ninguna circunstancia. No quiero que entréis en la sauna, porque la chica podría aprovechar ese momento para zurraros la badana de nuevo y escapar. ¿Entendido...?

Freddie y Clinton asintieron.

—Hasta luego, muchachos —dijo Stander, y se alejó.

* * *

Gary Bonner mantenía los maxilares apretados.

Se encontraba junto a la puerta de la estancia que había que atravesar para alcanzar la sauna privada de Zeb Stander. Llevaba unos minutos allí, oyendo lo que hablaban Stander y la pareja de

gorilas, lo que le había permitido averiguar que Ingrid Ewell se hallaba encerrada en la sauna, desvanecida, después de haber sufrido la tortura del exceso de vapor.

El agente estaba deseando darles su merecido a los tres. Y lo hubiera hecho ya, de no haber oído que Zeb Stander iba a ausentarse un rato.

Le convenía permitir que Stander se largara. Ya se ocuparía de él más adelante, cuando hubiese liberado a Ingrid Ewell y ésta se encontrase en condiciones de ayudarle a desbaratar la Operación Relámpago.

Bonner se ocultó, para que Stander no le viera al salir.

Ya se oían los pasos del propietario del Centro de Culturismo.

Zeb Stander acabó de cruzar la estancia y salió. No descubrió al agente secreto y se alejó, desapareciendo en unos segundos.

Entonces, Gary Bonner abandonó su escondite y regresó junto a la puerta de la estancia que necesariamente había que cruzar para llegar a la sauna privada de Zeb Stander.

Éste había cerrado la puerta al salir, pero Bonner la abrió un par de centímetros, silenciosamente, y aplicó el ojo a la grieta, como ya hiciera antes.

Vio a Clinton y Freddie montando guardia frente a la sauna.

Justo en ese momento, Clinton miraba por la pequeña ventana de la puerta de la sauna y decía:

—Cómo está la chica, ¿eh, Freddie?

—Sensacional, Clinton.

—Me gustaría violarla. ¿A ti no...?

—También, pero no podría.

—Por lo del rodillazo, ¿eh?

—Me los pilló de lleno, la muy zorra —masculló Freddie, que se había llevado la mano al bajo vientre.

Clinton soltó una risita.

—Mientras nos limitamos a abofetearla, a tirarle del pelo, y retorcerle el brazo, no se defendió, pero cuando le arrancaste el sujetador del bikini y le aferraste un seno, se convirtió en un demonio y nos vapuleó a los dos.

—No me lo recuerdes, ¿quieres?

—Si no fuera porque el jefe nos prohibió abrir esta puerta, entraría en la sauna y poseería a la espía. Está tan tentadora así,

completamente desnuda...

Freddie miró también por la reducida ventana de la sauna.

—Tienes razón, Clinton.

Gary Bonner aprovechó ese momento para introducirse sigilosamente en la estancia. Después, cerró la puerta y fue hacia la pareja de gorilas, silencioso como un gato.

Clinton y Freddie no podían verle, porque seguían mirando por la minúscula ventana de la sauna, contemplando el maravilloso cuerpo desnudo de Ingrid Ewell.

El agente secreto llegó junto a ellos y le tocó el hombro a Clinton.

—¿Me dejáis mirar, muchachos?

Los gorilas se volvieron al instante.

—¿Quién diablos eres tú...? —exclamó Clinton.

—Me llamo Bonner y me dedico, entre otras cosas, a arreglar las cabezas torcidas. Te lo demostraré, compañero —respondió el agente, y le agarró la testa con un rápido movimiento.

Antes de que Clinton pudiera reaccionar, se escuchó un espeluznante crujido de vértebras, provocado por la brusca torsión del agente, que le rompió el cuello con la misma facilidad que hubiera roto una rosquilla recién sacada del horno.

Clinton desorbitó los ojos y se desplomó sin emitir el más leve gemido. Cuando se estrelló contra el suelo, era prácticamente cadáver.

Bonner compuso una mueca.

—Diablos, creo que me he pasado...

CAPÍTULO IX

Freddie lo veía y no lo creía.

¡Clinton estaba muerto!

¡El desconocido le había roto el cuello con una facilidad asombrosa y se había quedado tan tranquilo!

Freddie no tenía la menor idea de quién era el tipo, pero como ya había demostrado lo peligroso que era, cargándose a Clinton en un abrir y cerrar de ojos, se llevó velozmente la mano a la axila, para empuñar la pistola automática que llevaba allí.

Gary Bonner, que estaba pendiente de la reacción del gorila, no permitió que éste aferrase su arma y la sacara de la funda axilar. Disparó el puño zurdo y se lo incrustó en el hígado.

Freddie lanzó un bramido de dolor y se encogió, con los ojos cerrados. El agente secreto le agarró la cabeza, como antes hiciera con Clinton, y dijo:

—A ver si ahora me sale mejor.

Se escuchó otro escalofriante crujido de vértebras.

Después, Freddie se desmoronó como una pared vieja y quedó tendido en el suelo, con los ojos extremadamente abiertos, la boca torcida, los dedos crispados.

Bonner compuso otra mueca.

—Juraría que me he vuelto a pasar un pelín...

Freddie no dijo nada.

Nada podía decir, porque era ya cadáver.

Estaba tan muerto como Clinton.

Antes de abrir la sauna, Gary Bonner recogió la bata y el bikini de Ingrid Ewell, que yacían en un rincón de la estancia. Tenía que cubrir su total desnudez, antes de reanimarla.

El agente abrió la puerta y penetró en la sauna, donde seguía

haciendo calor, aunque no tanto como antes, lógicamente. Con movimientos rápidos, pero exentos de brusquedad, le colocó el bikini y la bata, cuyo cinturón ató.

Después, cargó con Ingrid y la sacó de la sauna. La dejó un momento en el suelo y metió los cadáveres de Clinton y Freddie en la sauna, cerrando seguidamente la puerta.

De esta manera, cuando Zeb Stander regresara y encontrara a la pareja de gorilas en la sauna, muertos, pensaría que habían entrado en ella, desobedeciendo sus órdenes, y que se habían dejado sorprender por Ingrid.

Pensaría, en suma, que los había liquidado ella, y ni siquiera sospecharía que la agente había recibido ayuda, lo cual permitiría a Gary Bonner seguir representando su papel de alumno hasta el momento de intentar abortar la Operación Relámpago.

Y eso era muy importante.

El agente secreto volvió a ocuparse de Ingrid Ewell. Tenía que reanimarla, no podía salir de allí con ella en brazos. La cogió por los hombros y la zarandeó.

—Despierta, Ingrid.

La agente emitió un débil gemido, pero siguió con los ojos cerrados.

Bonner le palmeó las mejillas.

—Vamos, preciosa, abre los ojos.

Ingrid emitió otro gemido y despegó los párpados, descubriendo que no era Zeb Stander quien le palmeaba las mejillas, ni tampoco Clinton o Freddie.

Fue una sorpresa para ella.

Y no fue la única.

También le sorprendió encontrarse fuera de la sauna, con la bata y el bikini puestos.

—¿Qué ha pasado? —murmuró.

—Te he librado de la tortura del exceso de vapor —respondió el agente, con una ligera sonrisa.

—¿Quién eres?

—Gary Bonner. Y pertenezco al Servicio Secreto, como tú. Me han enviado para desbaratar, con tu ayuda, la Operación Relámpago. He llegado esta misma tarde al centro, fingiéndome un nuevo alumno. Después te contaré cómo supe que te habían

atrapado y cómo llegué hasta aquí.

Ingrid Ewell se llevó una gran alegría.

No obstante, y para asegurarse de que Gary Bonner era realmente el agente que ella esperaba, y no un esbirro de Zeb Stander, preguntó:

—¿Dónde está Stander?

—Se fue poco después de que tú te desvanecieras.

—¿Y Clinton y Freddie...?

—Me los cargué.

—¿Qué?

—Les rompí el cuello a los dos y los metí en la sauna. Luego te explicaré por qué.

Ingrid se dijo que, si era cierto que Gary Bonner había liquidado a Clinton y Freddie, no podía ser un esbirro de Zeb Stander, así que rogó:

—Ayúdame a incorporarme, Gary. Quiero ver los cadáveres de los tipos.

—Bien.

La agente se puso en pie, ayudada por Bonner, en quien se apoyó, porque aún tenía las piernas torpes.

—¿Cómo te sientes, Ingrid? —preguntó el agente.

—Regular.

—Lo pasaste mal en la sauna, ¿eh?

—Fatal.

—Sé que te hicieron más cosas.

—¿Cómo te has enterado?

—Lo estaban comentando Clinton y Freddie. Bofetadas, tirones de pelo, torsiones de brazo, apretones de seno...

—Lo peor fue lo de la sauna. No podía respirar, la piel me quemaba, sudaba a chorros...

—Siento no haber llegado antes, Ingrid. Te hubiera librado de ese mal rato.

—No te preocupes.

—Anda, echa una ojeada a los cadáveres de los tipos y larguémonos antes de que regrese Zeb Stander.

—Sí.

Ingrid miró por la pequeña ventana y vio los cuerpos de Clinton y Freddie. Por la grotesca posición de sus respectivas cabezas, supo

que era cierto que ambos tenían el cuello roto.

Tampoco la expresión de sus ojos, horriblemente dilatados, dejaba lugar a dudas. Gary Bonner no le había mentado, los tipos estaban muertos.

La agente lo miró y sonrió.

—Ahora sé que eres quien dices ser, Gary.

—¿Acaso lo dudabas...?

—Podías ser un hombre de Stander y representar una comedia para hacerme hablar, ¿no?

—¿Tengo yo cara de estar a las órdenes de Zeb Stander...?

—No, la verdad es que no —sonrió Ingrid, y le dio un beso en los labios.

Bonner la miró a los ojos.

—Es tu forma de darme las gracias por haberte liberado, ¿no?

—Sí.

—Pues no me voy a conformar con un simple beso, ya lo sabes.

—¿Qué más quieres?

—Te lo diré en su momento. Ahora, larguémonos de aquí —apremió el agente, cogiéndola del brazo y tirando de ella.

—¿Adónde vamos, Gary? —preguntó Ingrid.

—A mi cuarto. Es el lugar más seguro para ti.

—Después de tus últimas palabras, tengo serias dudas al respecto —repuso la agente, con ironía.

Bonner rió.

—No temas, Ingrid. No tengo intención de violarte.

—Menos mal.

Antes de salir de la estancia, Bonner echó una ojeada fuera.

—No veo a Stander. Salgamos, Ingrid.

Dejaron la estancia y se encaminaron hacia los dormitorios de los alumnos. Cuando estaban a punto de alcanzarlos, Bonner se detuvo e indicó:

—Ve tú delante, Ingrid.

—¿Por qué?

—No conviene que nos vean juntos. Así, cuando la gente de Stander te busque, no sabrá que estás conmigo.

—De acuerdo. ¿Cuál es tu cuarto, Gary?

—El 36.

—Allí te espero.

Ingrid echó a andar.

Ya podía hacerlo con ligereza.

El corredor estaba despejado, pero Ingrid aún se tropezó con un par de alumnos antes de alcanzar el cuarto de Gary. Se limitó a saludarlos, sin detenerse.

Antes de introducirse en el dormitorio de Gary, se aseguró de que nadie la veía. Después, abrió la puerta y se coló en el cuarto con rapidez.

Apenas un par de minutos más tarde, llegaba Bonner.

—¿Algún problema, Gary? —preguntó la agente.

—Ninguno.

—Sentémonos en la cama y cuéntame lo que hiciste desde que llegaste al centro.

—De acuerdo.

Se sentaron en la cama y Bonner le refirió lo sucedido.

Después fue Ingrid la que explicó a Gary lo que le había pasado desde que acudiera al despacho de Zeb Stander.

—Stander sospecha de mí, pero no sabe nada en concreto, porque yo nada le dije —concluyó.

—Cuando vuelva a la sauna y vea que volaste de ella, montará en cólera. Hará que sus hombres te busquen por todas partes. Pero no te encontrarán, porque no te moverás de aquí.

—¿Me vas a tener secuestrada...? —bromeó la agente.

—Algo así —sonrió Gary, y esta vez fue él quien buscó los labios de Ingrid.

Hacía sólo unos segundos que habían unido sus bocas, cuando llamaron a la puerta, lo que acabó con el beso... y con la tranquilidad de ambos agentes.

CAPÍTULO X

—Conque aquí estaría segura, ¿eh? —dijo Ingrid Ewell, en tono bajo.

—No hay por qué alarmarse —repuso Gary Bonner, al tiempo que se ponía en pie—. Ocúltate en el baño, Ingrid —indicó.

La agente se levantó también de la cama y trotó silenciosamente hacia el baño, donde se introdujo. Cerró la puerta, aunque no totalmente. Dejó una pequeña grieta para poder aplicar el ojo y ver lo que pasaba en el cuarto.

Gary ya estaba junto a la puerta. Y, en cuanto vio que Ingrid quedaba oculta, abrió.

—¿Has hecho ya ese par de cosas, Bonner...? —preguntó David Quax, el simpático practicante de culturismo que hiciera amistad con el agente secreto.

—Hola, Quax —sonrió Gary, más tranquilo.

—Es casi la hora de cenar, ¿sabes? Tenemos que acudir al comedor.

—Iré en unos minutos.

El rubio le guiñó pícaramente el ojo.

—Tengo buenas noticias para ti, Bonner.

—¿De veras?

—Ingrid Ewell ha aparecido ya.

—¿En serio...?

—He hablado con alguien que la vio hace un rato. Se dirigía a su cuarto. Para cambiarse, seguramente, y acudir al comedor. Allí podré presentártela.

—Magnífico.

—No tardes, ¿eh, Bonner?

—Descuida.

David Quax se despidió con un simpático gesto y se alejó.

Gary Bonner cerró la puerta y miró hacia el baño.

—Ya puedes salir, Ingrid.

La agente salió del baño, sonriente.

—Un tipo agradable, David Quax, pero nos dio un buen susto con su llamada.

—Nunca le perdonaré que interrumpiera nuestro beso cuando no había hecho más que empezar.

—Yo tampoco.

Bonner la enlazó por el talle y unió nuevamente su boca a la de ella.

En esta ocasión, nadie les interrumpió y el beso resultó de película.

Después, Bonner dijo:

—Voy a tener que dejarte sola, Ingrid.

—No me gusta, ¿sabes?

—Si no acudo al comedor, Zeb Stander puede sospechar que te ocultas en mi cuarto. No es normal que no vaya a cenar.

—Lo comprendo.

—Volveré pronto, Ingrid.

—Te estaré esperando, Gary.

Volvieron a besarse y después Bonner salió del cuarto, dirigiéndose rápidamente hacia el comedor del Centro de Culturismo.

* * *

Zeb Stander había regresado a su sauna privada.

Al no ver a Clinton y Freddie montando guardia frente a la puerta, y no ver tampoco la bata y el bikini de Ingrid Ewell, sintió un profundo escalofrío.

Adivinaba que allí habían sucedido cosas, y ninguna buena para él, así que escupió una maldición y trotó hacia la puerta de la sauna, por cuya diminuta ventana miró.

Al descubrir a Clinton y Freddie tirados en el suelo, maldijo de nuevo y abrió precipitadamente la puerta. Penetró en la sauna y comprobó que los dos estaban muertos.

—¡Inútiles! —rugió, al tiempo que pateaba con rabia ambos

cadáveres—. ¿Por qué confiaría yo en este par de estúpidos...? ¡Se dejaron sorprender de nuevo!

Era lo que pensaba Zeb Stander, sí. Que Clinton y Freddie habían entrado en la sauna, para abusar de Ingrid Ewell aprovechándose de su estado de inconsciencia y de su completa desnudez.

Ni se le pasó por la cabeza que la espía hubiera sido liberada.

Colérico, Zeb Stander salió de la sauna y echó a correr.

Tenía que dar la alarma, para que sus hombres impidieran la huida de Ingrid Ewell. Porque era lógico pensar que la espía, después de lo sucedido, se preocupara únicamente de escapar del Centro de Culturismo y ponerse a salvo.

La duda que Stander tenía estribaba en si Ingrid Ewell habría tenido tiempo de huir del centro o toda vía seguiría en él. De ahí su urgencia en dar la alarma.

La dio.

Y se tranquilizó bastante cuando los hombres que vigilaban los alrededores del centro le aseguraron que nadie había salido de él. Inmediatamente después se inició la búsqueda de la espía por todo el edificio.

Donde primero miraron los hombres de Stander fue en el cuarto de Ingrid Ewell. Todas sus cosas seguían allí, pero la espía no estaba.

Zeb Stander pensó que Ingrid Ewell se había ocultado en algún lugar, en espera de que llegara la noche, e intentar la huida entonces, amparándose en la oscuridad.

Lo primero era cierto; lo segundo, no.

Pero Stander, claro, ignoraba que la misión de Ingrid Ewell, como la de Gary Bonner, era desbaratar la Operación Relámpago.

Y lo iban a intentar aquella misma noche.

* * *

Mientras los hombres de Zeb Stander buscaban a Ingrid Ewell, los alumnos del Centro de Culturismo cenaban tranquilamente en el gigantesco comedor, acompañados de Bruno Frazier y Debra Pavan. La ausencia de Ingrid, naturalmente, había sido advertida por todos, pero no se le concedía mayor importancia. A quienes más

preocupaba era a Debra Pavan y David Quax, aunque por motivos bien distintos.

Gary Bonner y David Quax estaban cenando en la misma mesa, y este último sólo hablaba de Ingrid Ewell.

—No lo entiendo, Bonner —insistió—. Ingrid tendría que estar aquí, en el comedor, cenando, como todos nosotros.

—Quizá no tenga apetito, Quax —repuso el agente.

—Con las ganas que tenía yo de presentártela...

—Ya me la presentarás mañana, hombre. Tampoco es como para desesperarse.

—Lo sé, pero...

—Vamos, deja de preocuparte, Quax. No te va a hacer provecho la cena. Y sería una pena, porque todo está delicioso.

El culturista sonrió.

—Aquí se come muy bien, Bonner.

—Sí, ya lo veo.

Continuaron con la cena.

Cuando acabaron, el agente dijo:

—Me retiro a mi cuarto, Quax.

—¿Tan pronto...?

—El viaje ha sido largo y estoy un poco cansado. Tengo ganas de pillar la cama, ¿sabes?

—Comprendo.

—Hasta mañana, Quax.

—Que duermas bien, Bonner.

—Gracias —sonrió el agente, y abandonó el comedor.

Tenía ganas de reunirse con Ingrid Ewell.

Estaba sola y...

Bueno, ya no estaba sola, porque dos de los hombres de Zeb Stander acababan de entrar en el cuarto de Gary Bonner, para registrarlo, como estaban haciendo con todos los demás.

* * *

Ingrid Ewell se había ocultado en el baño, por si acaso, lo que evitó que los tipos que andaban registrando los dormitorios de los alumnos la sorprendieran cuando penetraron en el de Gary Bonner.

Pero, obviamente, los individuos mirarían también en el baño,

así que la agente se preparó para la defensa. No se dejaría atrapar de nuevo por la gente de Zeb Stander.

Los tipos empezaron por mirar debajo de la cama y en el armario de la ropa. El que hiciera lo primero fue después hacia el baño, para echar una ojeada.

Ingrid estaba detrás de la puerta, con la mano derecha en alto, presta a soltar el primer hachazo. Permanecía quieta como una estatua y contenía la respiración.

La puerta se abrió y el tipo penetró en el baño. Descubrió a la agente, pero no tuvo tiempo de esquivar el golpe de karate, que por poco lo decapita.

El fulano se derrumbó en el acto, emitiendo un ronco gemido.

Su compañero se olvidó del armario y exclamó:

—¡McClure!

Ingrid salió del baño, para encargarse del otro gorila.

El tipo se llevó rápidamente la mano a la axila izquierda, para amenazar a la espía con su arma, pero Ingrid dio un salto increíble, con la pierna derecha por delante, y golpeó el estómago del individuo con su pie.

El gorila rugió de dolor y cayó al suelo, pero aún fue capaz de empuñar la pistola automática. De poco le sirvió, sin embargo, porque la agente le dio una patada en la mano y lo desarmó.

La automática cayó unos tres metros más allá.

El tipo se incorporó con rapidez, dispuesto a recuperar su arma, pero Ingrid disparó nuevamente la pierna y, con el empeine, le trituró los genitales.

El fulano abrió tanto la boca, que se le desencajaron las mandíbulas, aunque no pudo gritar, porque el dolor le ahogaba. Se dejó caer de rodillas, con las manos entre los muslos y la cara verde como un caramelo de menta.

Por suerte para él, Ingrid le soltó un hachazo en la nuca, con su mano izquierda, y se acabaron sus sufrimientos, ya que perdió instantáneamente el conocimiento.

La agente se apresuró a agarrarlo por los pies y lo arrastró hacia el baño, para esconderlo en él, ya que podían aparecer más hombres de Zeb Stander.

El llamado McClure yacía en la misma entrada del baño, por lo que Ingrid tuvo que agarrarlo también de los pies y meterlo un poco

más adentro.

Luego metió al otro.

Lo que la agente no sabía, es que el tal McClure no había perdido totalmente el conocimiento. Poco había faltado, desde luego, porque el golpe fue terrible, pero la verdad es que el tipo seguía consciente y con ganas de vengarse.

Cuando vio que la espía le daba la espalda, saltó sobre sus desnudas piernas y se las aprisionó, haciéndola caer de bruces.

—¡Ahora sabrás lo que es bueno, zorra! —Ladró.

Ingrid, que había dado un grito de sorpresa, intentó librarse del tipo, pero el hallarse boca abajo y con las piernas fuertemente sujetas dificultaba mucho las cosas.

Al caer bruscamente la bata se le había levantado por detrás y dejaba visible al breve pantaloncito del bikini... y los muchos centímetros de grupa que éste no podía cubrir.

McClure tenía su cara a la altura del trasero de la agente, apenas unos centímetros por encima, y no dudó en mordérselo con ganas.

Ingrid gritó cuando los dientes del tipo se clavaron en su nalga derecha, amenazando con arrancarle un buen pedazo de ella.

—¡No me muerdas, caníbal...!

Por suerte para ella, Gary Bonner apareció en ese momento y agarró del pelo a McClure, obligándole a echar la cabeza hacia atrás, con tanta brusquedad, que sus vértebras cervicales no resistieron y el tipo murió en el acto.

—Diablos, creo que es el primer hombre que fallece a causa de una indigestión de trasero femenino... —dijo, en tono socarrón.

CAPÍTULO XI

Ingrid Ewell se incorporó, agarrándose la nalga derecha, y observó a McClure.

—¡Es cierto! ¡Está muerto! —exclamó, sorprendida.

—¿Será que tu lindo trasero es venenoso, Ingrid...? —dijo Gary Bonner.

—¡Déjate de bromas, Gary! ¡Salta a la vista que tiene el cuello roto, como los de la sauna!

—Pues yo me limité a tirarle del pelo, para que retirara sus dientes de tu preciosa grupa. Por cierto, ¿llegó a causarte herida...?

—Creo que no.

—Déjame ver.

—¿Qué es lo que quieres ver tú?

—Lo que te hizo el tipo.

—Me miraré en el espejo.

—No seas tonta, Ingrid. Cuando te saqué de la sauna estabas completamente desnuda, así que tu cuerpo ya no tiene secretos para mí.

—Seguro que te aprovechaste —rezongó la agente.

Bonner rió.

—Yo no soy de éstos, Ingrid.

—Está bien, dame una mirada —accedió ella, y se levantó la bata.

Bonner observó el esbelto trasero femenino.

—Te dejó la marca de sus dientes en la nalga derecha, pero no tienes herida.

—Pues duele, ¿sabes?

—Te daré unos masajes.

—De masajes, nada —dijo al instante la agente, y se bajó la bata

de golpe.

—Tú te lo pierdes, preciosa.

—¿Qué hacemos con el otro tipo? —preguntó Ingrid, mirando al compañero de McClure.

—¿Está vivo?

—Claro. Yo no rompo cuellos con tanta facilidad como tú.

—Oye, a ver si ahora me vas a llamar Gary el Rompecuellos.

La agente sonrió.

—Te iría como anillo al dedo.

—Bueno, dejémonos de cuellos rotos y atemos al tipo antes de que vuelva en sí.

—Habrá que amordazarle, también.

—Por supuesto. Y, mientras tanto, cuéntame lo que pasó.

Ingrid lo hizo.

—Si están registrando los dormitorios de los alumnos, es porque Zeb Stander sabe que no has abandonado el centro —comentó Bonner—. Y eso complica las cosas.

—Si le quedaba alguna duda, desaparecerá cuando echen de menos a estos dos —repuso la agente.

—En efecto. Pero, al menos, no sabe que cuentas con ayuda. Y mientras Stander no sospeche de mí, tú estarás segura aquí.

—Eso dijiste antes, y por poco me quedo sin trasero —rezongó Ingrid, llevándose de nuevo la mano a la nalga derecha.

Bonner soltó una risita.

—Si no lo tuvieras tan tentador, el tipo no hubiera sentido deseos de hincarle el diente.

—No estoy para piropos, Gary.

—Te sigue doliendo, ¿eh?

—Naturalmente.

—Mi ofrecimiento sigue en pie.

—Dudo mucho que unos simples masajes...

—Tengo mano de santo, te lo aseguro.

—Y pensamientos de demonio.

Bonner soltó una carcajada.

—Te demostraré que estás equivocada. Pero, antes, coge la pistola del tipo que tiene el cuello roto. Yo me quedaré con la de éste. La vi al entrar, tirada en el suelo.

—Intentó utilizarla, pero lo desarmé de una patada —explicó la

agente, que ya estaba tomando la pistola de McClure, una automática provista de silenciador, como la del otro tipo.

Bonner acabó de amordazar al fulano que se hallaba inconsciente y se irguió.

—Salgamos.

Dejaron el baño e Ingrid, que salió después que Gary, cerró la puerta. Gary recogió el arma del compañero de McClure y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, antes de despojarse de ella y dejarla doblada sobre una silla.

—Prepárate, Ingrid.

—¿Para lo de los masajes...?

—Sí.

—No estoy decidida.

Bonner fue hacia ella, le arrebató suavemente la pistola, la dejó sobre la mesilla de noche, y luego la empujó hacia la cama.

—Vamos, no seas tonta y échate boca abajo. Me mueve la mejor de las intenciones, te lo aseguro.

—Como no sea así, sabrás lo que vale un peine —advirtió Ingrid, antes de tumbarse en la cama.

Bonner le subió la bata y le bajó el pantaloncito del bikini con la mayor naturalidad. La agente dio un respingo y exclamó:

—Conque la mejor de las intenciones, ¿eh?

—Así es.

—¡Me has dejado con el culo al aire!

—Ya casi lo estaba, así que... Además, en este momento, yo soy como un médico. No debes sentir ninguna vergüenza —repuso Bonner, y empezó a masajearle la nalga derecha.

Ingrid estuvo a punto de rechazarle, pero se lo pensó mejor y le dejó hacer. Los masajes de Gary eran hábiles, suaves, agradables. Causaban placer.

—¿Tengo mano de santo o no? —preguntó el agente.

Ingrid no pudo disimular su sonrisa.

—He de reconocer que sí.

—Espero que luego sepas agradecerérmelo.

—¿En qué estás pensando, granuja?

—En lo mismo que tú, cariño —respondió Gary, y la besó en los labios, sin interrumpir los masajes.

Zeb Stander paseaba nerviosamente por su despacho, mientras

aguardaba noticias de sus hombres. Se las trajo un tal Ross:

—La espía no aparece, jefe.

—¿Qué...?

—Y no es eso lo peor, sino que tampoco aparecen Osmond y McClure.

—¿Cómo...?

—Se los ha tragado la tierra, jefe.

Stander dio una rabiosa patada en el suelo.

—¡No digas estupideces, Ross!

El tipo tosió.

—Hablabas en sentido figurado, jefe. Lo que real mente pasó, en mi opinión, es que Osmond y McClure encontraron a la espía y ella les sacudió. Y los liquidó, como a Clinton y Freddie.

—¿Y dónde diablos están sus cadáveres...?

—Los estamos buscando, pero no encontramos ni rastro de ellos.

—¡Es el colmo! ¡Estoy rodeado de una pandilla de inútiles! ¡La chica se está riendo de nosotros! —rugió Stander.

—No desespere, jefe. La espía tendrá que abandonar su escondite, para intentar escapar del centro, y entonces la atraparemos. Es sólo cuestión de esperar un poco.

—¡Como logre escabullirse, os ejecuto a todos! —Ladró Stander, y luego echó a Ross de su despacho a empujones.

CAPÍTULO XII

Osmond había vuelto ya en sí.

Y la verdad es que lo lamentaba, porque con ello había retornado su sufrimiento. Le dolían tanto sus órganos masculinos, que se hubiera puesto a gritar de no hallarse amordazado.

Se agitó en el suelo, pero levemente, porque estaba atado de pies y manos y apenas podía moverse. De repente, descubrió a McClure y sintió un escalofrío.

Osmond adivinó que su compañero estaba muerto. Que le habían roto el cuello. Por eso no se hallaba atado y amordazado como él.

«¡Rubia del demonio!», maldijo con el pensamiento, creyendo que la espía había liquidado a McClure, porque él, como se recordará, no llegó a ver a Gary Bonner.

De pronto, la puerta se abrió y el agente secreto entró en el baño.

—Vaya, veo que ya te has despertado —dijo—. Eso es algo que tu compañero no podrá hacer. En este mundo, al menos.

Osmond agrandó los ojos, perplejo.

No comprendía nada.

Pero empezó a entender cuando vio entrar a Ingrid Ewell.

—Tiene mala cara, ¿verdad, Gary? —dijo la agente.

—Ya lo creo.

—Debe pensar que vamos a liquidarle.

—Si contesta a nuestras preguntas, tal vez le perdonemos la vida.

—¿Tú crees que contestará...?

—En seguida lo sabremos —respondió Bonner, y le quitó la mordaza al tipo. Después advirtió—: Si gritas, te rompo el cuello,

como a tu compañero.

Osmond volvió a sentir frío por todo el cuerpo.

Naturalmente, no gritó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Bonner.

—Osmond.

—Bien, Osmond. Queremos saber qué pretende Zeb Stander con la Operación Relámpago. ¿Qué ganaría él destruyendo todas las reservas petrolíferas del país? ¿Sería recompensado por algún país extranjero, de los dedicados especialmente a la exportación de petróleo? ¿Por qué país, Osmond?

El tipo, tras unos segundos de vacilación, respondió:

—Ningún país extranjero recompensará a Zeb Stander. Nadie conoce la Operación Relámpago. Se lleva todo en el máximo secreto. Cuando se realice, y los Estados Unidos se queden sin petróleo, el resto de los países con yacimientos importantes de petróleo se alarmarán, pensando que también sus reservas petrolíferas pueden ser destruidas. Todos esos países serán amenazados por Zeb Stander, aunque de forma anónima, por supuesto. Les exigirá una burrada de millones de dólares a cada uno, a cambio de respetar sus reservas petrolíferas. Y, después de lo ocurrido con el petróleo de los Estados Unidos, ningún país se negará a pagar la suma exigida. De esa manera, Zeb Stander se convertirá en el hombre más rico del mundo.

Gary Bonner e Ingrid Ewell cambiaron una mirada.

—Nos lo ha contado todo, Ingrid.

—Efectivamente. Y creo que ha dicho la verdad, Gary.

—Yo también, así que le perdonaremos la vida.

—Sí, que siga en este mundo.

Osmond ahogó un suspiro de alivio, pues no estaba muy seguro de conservar el pellejo, a pesar de la información facilitada. Temía que el agente secreto le rompiera el cuello, como a McClure, pero Bonner se limitó a amordazarle de nuevo.

Después, el agente advirtió:

—No quiero que te muevas, Osmond. Si oigo algún ruido, por leve que sea, entraré y te partiré algunos huesos.

El tipo, con los ojos, juró que no movería ni un dedo.

Luego, Gary e Ingrid salieron del baño y cerraron la puerta.

Gary Bonner consultó su reloj y dijo:

—Es hora ya de actuar, Ingrid. —Hagámoslo, pues— respondió la agente. —Nos la vamos a jugar, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé.

—¿Y no sientes ningún temor?

—¿Lo sientes tú...?

—Yo estoy acostumbrado a arriesgar el pellejo, Ingrid.

—¡Toma!, y yo. ¿O acaso crees que ésta es la primera misión difícil que realizo...?

Bonner sonrió.

—No, supongo que no. Pero sí es la primera misión que realizamos juntos. Y quiero que todo acabe bien, para que podamos celebrarlo juntos.

—Por mí encantada.

Bonner la besó y dijo:

—Vamos, preciosa.

Ingrid tomó la pistola de McClure.

Gary, mientras tanto, se puso la chaqueta y empuñó el arma que le arrebatara a Osmond. Luego se acercó a la puerta, cuyo cerrojo tenía echado.

Lo hizo correr suave y silenciosamente, y luego entreabrió la puerta, lo justo para asomar la cabeza y echar una ojeada al corredor. Como no vio a nadie, acabó de abrir la puerta y salió, indicándole a Ingrid, con el gesto, que le siguiera.

La agente salió también del cuarto, cerrando seguidamente la puerta, en silencio. Después, avanzaron los dos por el corredor, con las armas prestas.

Por lo avanzado de la hora, era de suponer que todos los alumnos del Centro de Culturismo estuviesen en sus respectivos dormitorios, así que no era probable que se tropezasen con alguno.

De tropezarse con alguien, sería con los hombres de Zeb Stander.

Todos, sin excepción alguna, permanecían de guardia aquella noche, esperando a que Ingrid Ewell abandonase su escondite e intentase huir del centro.

Cuando llegaron al final del corredor, Gary e Ingrid se detuvieron y se pegaron a la pared. Luego, Gary asomó ligeramente

la cabeza y descubrió que había dos hombres de vigilancia.

Se ocultó de nuevo y dijo:

—El paso está cortado.

—¿Por cuántos hombres?

—Dos.

—No son muchos.

—Te dejo el de la derecha, Ingrid. Del otro me encargo yo.

—Bien.

—Vamos por ellos.

Gary dio un salto e Ingrid le imitó al instante, quedando ambos visibles. Los dos vigilantes, que esgrimían sendas pistolas automáticas, intentaron hacer uso de ellas al ver que los agentes también iban armados, pero Gary e Ingrid accionaron antes el gatillo.

Sólo una vez cada uno.

En tiradores de su categoría era suficiente, porque donde ponían el ojo ponían la bala. Gary Bonner había puesto el suyo en la frente del tipo de la izquierda, y allí se incrustó el silencioso proyectil, causándole una muerte fulminante al individuo.

Ingrid Ewell había puesto el ojo en el pecho del otro fulano, y la bala se abrió paso por entre las costillas y le llegó al corazón, que inmediatamente dejó de latir.

Los dos hombres se desplomaron casi al mismo tiempo, el primero sin decir ni pío y el segundo emitiendo un grito ronco, medio ahogado, que difícilmente podía ser oído por nadie.

En cuanto los tipos se derrumbaron, Gary e Ingrid corrieron hacia ellos y se apoderaron de sus armas. Se las guardaron, por si más adelante necesitaban de ellas, y siguieron avanzando en dirección al laboratorio secreto, el lugar mejor custodiado de todo el edificio.

Y no aquella noche, sino todas, por razones obvias.

El Centro de Culturismo se hallaba tan vigilado en esta ocasión, que era difícil pasar de un corredor a otro, o de una estancia a otra, sin encontrarse con los hombres de Stander.

Afortunadamente, Gary e Ingrid sabían avanzar con el sigilo y las precauciones necesarias, lo que les permitió descubrir a tiempo a los dos individuos que montaban guardia junto a la escalera que ellos debían utilizar para alcanzar la planta inferior.

Los agentes volvieron a repartirse el trabajo.

Gary se cargó el más alto, metiéndole una bala entre los ojos, e Ingrid abatió al otro, incrustándole el proyectil en la garganta, lo que le impidió gritar.

El tipo sólo pudo emitir un sordo gorgoteo, antes de desplomarse.

Su compañero, ni eso.

Eliminados ya los dos vigilantes, Gary e Ingrid trotaron silenciosamente hacia la escalera y empezaron a descender por ella. Esta vez no se molestaron en apoderarse de las pistolas de los tipos.

Iban suficientemente armados con dos automáticas cada uno. Provistas, además, de silenciador, que era lo mejor de todo, porque si se hubieran oído los disparos...

En la planta inferior, como ya suponían los agentes, montaban guardia otros dos hombres, pistola en mano. Y uno de ellos les descubrió antes de lo que Gary e Ingrid hubieran querido.

—¡La escalera! —gritó el tipo, para advertir a su compañero, al tiempo que disparaba sobre Gary Bonner.

El agente dio un ágil salto y esquivó el proyectil, que fue a incrustarse en la pared. La respuesta de Bonner fue alojarle dos plomos en el pecho al individuo, quien emitió un alarido y se vino abajo, perdiendo la pistola.

El otro tipo quiso disparar sobre Ingrid Ewell, pero ésta gatilleó primero y le destrozó la cabeza de un certero balazo.

Los disparos habían sido ahogados por los silenciadores pero... ¿se habría oído el alarido del tipo que recibiera los dos impactos en el pecho...?

Por si acaso, los dos agentes echaron a correr.

Tenían que esfumarse de allí cuanto antes.

CAPÍTULO XIII

El grito, en efecto, había sido oído por dos de los hombres de Zeb Stander. Los que se hallaban más próximos al lugar en donde Gary Bonner e Ingrid Ewell acababan de liquidar a la pareja de individuos.

La tercera pareja de individuos, para ser exactos, puesto que ya habían liquidado a seis hombres desde que abandonaron el cuarto de Gary Bonner.

A esos seis había que añadir a Clinton y Freddie, los dos tipos que perdieran la vida en la sauna privada de Zeb Stander a manos del agente secreto, y a McClure, el sujeto que le mordiera el trasero a Ingrid Ewell, igualmente liquidado por Bonner.

Nueve cadáveres en total.

Y Osmond, atado y amordazado.

Teniendo en cuenta todo esto, se podría pensar que a Zeb Stander le quedaban ya pocos hombres, pero no era así. Como ya advirtiera Donald Altman, el jefe del Servicio Secreto que encargara a Gary Bonner la misión de desbaratar la Operación Relámpago con la ayuda de Ingrid Ewell, Zeb Stander tenía mucha gente a su alrededor.

Los dos hombres que oyeran el alarido emitido por el tipo que recibió dos balazos en el pecho aparecieron antes de que Gary e Ingrid pudieran esfumarse.

Al verlos, los individuos no dudaron en abrir fuego contra ellos.

Gary e Ingrid no tuvieron más remedio que arrojar al suelo y responder desde allí al ataque de la pareja de fulanos. Haciendo gala una vez más de su infalible puntería, abatieron a los tipos a las primeras de cambio.

Después, los agentes se irguieron con prontitud y reanudaron su

carrera, siempre en dirección al laboratorio secreto de Zeb Stander. Alcanzaron la escalera por la que se accedía a él y descendieron por ella.

Abajo había tres hombres.

Y los recibieron a tiros.

Por fortuna, Gary e Ingrid supieron esquivar las balas y responder adecuadamente, mandando al infierno a los tres esbirros de Zeb Stander.

Los agentes se incorporaron, dispuestos a recorrer la distancia que les separaba de la puerta del laboratorio secreto, pero una voz sonó a sus espaldas:

—¡Quietos los dos! ¡Si hacéis un solo movimiento, se habrá acabado todo para vosotros!

* * *

Gary Bonner e Ingrid Ewell se quedaron clavados. Por el rabillo del ojo observaron a los tipos que les habían sorprendido por la espalda. Eran dos y se hallaban al pie de la escalera, bien protegidos.

Como revolverse para hacerles frente sería muy arriesgado, Bonner susurró:

—No intentes nada, Ingrid.

—De acuerdo —respondió la agente, en el mismo tono.

Ross, el tipo que informara a Zeb Stander de la desaparición de McClure y Osmond, era uno de los hombres que acababan de sorprender a la pareja de agentes.

El que se había dejado oír, precisamente.

Y añadió:

—¡Arrojad las armas, vamos!

Gary obedeció e Ingrid le imitó, adivinando la intención del agente, que no era otra que recurrir a las pistolas que llevaban guardadas en cuanto los tipos se confiasen un poco.

En realidad, los cargadores de las armas que acababan de arrojar estaban ya prácticamente vacíos, después de tantos disparos como habían efectuado con ellas.

Ross y el otro tipo, cuando vieron que los agentes arrojaban sus pistolas, se sintieron mucho más tranquilos, pensando que Gary e

Ingrid habían quedado totalmente desarmados.

Por ello no dudaron en separarse de la escalera y acercarse a la pareja de agentes, sin dejar de apuntarles con sus pistolas, también provistas de silenciador.

Gary miró a Ingrid.

Una mirada que equivalía a decir: «¡Ahora!».

La agente entendió y saltó de lado al mismo tiempo que Gary Bonner.

Ross y su compañero dispararon, pero como los cuerpos de ambos agentes estaban en movimiento, fallaron los dos. Gary e Ingrid, que habían empuñado las armas que llevaban ocultas, se giraron con rapidez y le dieron también al gatillo.

Ross recibió un balazo en el ojo izquierdo y otro en la garganta, y se fue al otro mundo tuerto y sin poder cantar. Su compañero no fue más afortunado, ya que la primera bala le destrozó el corazón y la segunda los sesos.

Cuando los tipos se desplomaron, Gary Bonner sonrió y dijo:

—No lo estamos haciendo mal, ¿verdad?

—¡Qué va! —respondió Ingrid Ewell.

—Formamos una buena pareja.

—Desde luego. Pero continuemos, que aún nos queda tarea.

—Tienes razón.

Gary e Ingrid fueron hacia la puerta del laboratorio.

Estaban a punto de alcanzarla, cuando la puerta se abrió de golpe y dos hombres se dejaron ver, armados con modernas metralletas.

La rapidez de reflejos de ambos agentes secretos les permitió anticiparse a las ráfagas de metralleta, liquidando a los tipos antes de que éstos pudieran hacer uso adecuado de sus armas.

Los individuos se derrumbaron, soltando las metralletas.

Gary no dudó en recoger una de ellas.

—Con esto trabajaremos más de prisa —dijo.

—Y más seguro —añadió Ingrid, apoderándose de la otra metralleta.

Después penetraron en el laboratorio secreto.

No había nadie en él, ya que tanto Patrick Doyle, el jefe de experimentos e inventor de la droga que aplicada en grandes dosis podía destruir las reservas petrolíferas del mundo entero, como el

resto de los científicos, se hallaban en sus respectivas habitaciones, descansando.

Gary e Ingrid se adentraron en el laboratorio, descubriendo muy pronto la serie de bombonas de plástico en las que se iba depositando la destructiva sustancia que día a día elaboraba el equipo de científicos que trabajaba para Zeb Stander.

Eran bombonas relativamente pequeñas, de unos cinco litros de capacidad, aproximadamente. Estaban numeradas y en todas ellas aparecían las siglas O. P.

Operación Relámpago, naturalmente.

No podía existir la menor duda al respecto.

—Eso es lo que puede dejar sin petróleo a nuestro país, Ingrid —dijo Bonner.

—Hay que destruirlo —repuso la agente.

—Manos a la obra.

* * *

En el laboratorio secreto había una cámara de televisión perfectamente camuflada. El objetivo de la misma abarcaba prácticamente todo el laboratorio y ofrecía imágenes, en circuito cerrado, para que Zeb Stander pudiera seguir desde su despacho, a través de una pantalla de televisión, los trabajos que se realizaban en su laboratorio.

Stander, naturalmente, no se había ido a dormir.

No pensaba retirarse a sus habitaciones hasta que Ingrid Ewell hubiera sido descubierta y atrapada.

Por eso, por hallarse todavía en su despacho, pudo ver que Ingrid Ewell y Gary Bonner penetraban en el laboratorio secreto armados con metralletas.

Las metralletas de los hombres que vigilaban el laboratorio desde su interior, según pudo comprobar el propietario del Centro de Culturismo.

La sorpresa dejó momentáneamente paralizado a Zeb Stander.

Y es que, hasta aquel momento, no había sospechado siquiera que Ingrid contase con ayuda.

—¡Bonner! —exclamó—. ¡El nuevo alumno es otro espía...!

Stander reaccionó cuando vio que Gary e Ingrid se aproximaban

a las bombonas que almacenaban la droga que debía destruir las reservas petrolíferas de los Estados Unidos.

—¡No...! —gritó—. ¡No toquéis eso, malditos! —añadió, adivinando que la pareja de agentes iban a destruir la droga.

Salió disparado del despacho y se dirigió al laboratorio secreto, llevando consigo a los hombres que encontró por el camino. Y no fueron muchos, por desgracia para él, ya que los agentes del Servicio Secreto habían eliminado ya a un elevado número de ellos.

Stander lo supo a medida que iba encontrando cadáveres.

No obstante, llegó al laboratorio acompañado de media docena de hombres. Pero llegaron tarde, porque las bombonas que contenían la droga habían sido destruidas ya por Gary e Ingrid.

No quedaba ni una.

Stander, colérico, comenzó a disparar con la pistola automática que esgrimía, siendo imitado por sus hombres.

Gary Bonner e Ingrid Ewell no dudaron en hacer funcionar las metralletas que empuñaban, y una auténtica lluvia de plomo cayó sobre Zeb Stander y los suyos.

Los aullidos de agonía, de dolor y de muerte quedaron literalmente ahogados por el estruendo de las ráfagas de metralla.

Zeb Stander fue de los primeros en caer, roto por las balas.

Y así quedaron también sus hombres, materialmente destrozados por la lluvia de proyectiles.

La Operación Relámpago ya no podría llevarse a cabo.

Zeb Stander, el cerebro de la misma, era ya cadáver.

EPÍLOGO

Patrick Doyle, el inventor de la droga destructiva, no se había enterado de nada, al igual que el resto de los científicos que estaban al servicio de Zeb Stander.

Todos seguían en sus cuartos, durmiendo tranquila mente, y en ellos fueron arrestados por la policía de Punta Gorda, avisada por Gary Bonner.

Bruno Frazier y Debra Pavan, los profesores de culturismo, no tenían nada que ver con la Operación Relámpago, como tampoco ninguno de los alumnos.

Ni siquiera sabían que en los sótanos del centro existía un laboratorio secreto, así que ninguno de ellos tuvo que rendir cuentas a la policía.

Gary Bonner e Ingrid Ewell, cumplida ya su misión, recogieron sus cosas y abandonaron el Centro de Culturismo. Por sugerencia de Gary se instalaron en un hotel próximo a Punta Gorda.

Tomaron dos habitaciones, pero sólo iban a utilizar una.

Ésa era al menos la intención de Gary.

Y con esa idea se presentó en la habitación de Ingrid, tan sólo unos minutos después.

—Ya me tienes aquí, preciosa, dispuesto a...

—¿A qué? —le interrumpió la agente.

Bonner la tomó por la cintura.

—Quedamos en celebrarlo, ¿no?

—Sí, pero no en la cama.

—Es el mejor sitio —aseguró el agente, y la besó en los labios, recreándose en la acción.

Ingrid no le rechazó.

Es más, le devolvió el beso y le pasó los brazos por el cuello,

amorosamente.

Gary creyó advertir que el corazón de la agente latía con fuerza. Tras el beso, la miró a los ojos y preguntó:

—Tú también lo deseas, ¿verdad?

—Sí.

Bonner le acarició el rubio cabello.

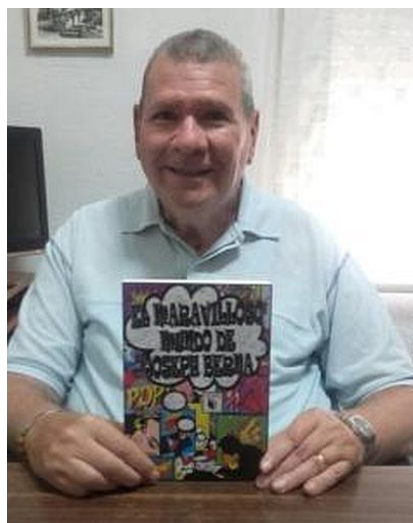
—Va a ser una noche inolvidable para los dos, ya verás.

—Estoy segura —respondió la agente, y le ofreció los labios.

Gary la besó de nuevo, antes de tomarla en brazos y llevarla a la cama para hacerla suya.

Era, desde luego, la mejor manera de celebrar el éxito de la misión que les fuera encomendada a ambos.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».